

Plus Ultra



Ibero-Amerikanisches Institut
Berlin
Preuss. Museum für Völkerkunde

ZK 2000/1468



EL OPIO EN CAFRERÍA

Todos los pueblos que viven en la naturaleza y conforme a la naturaleza, tienen por enemigos a los representantes de las razas civilizadas o medio civilizadas. El hombre blanco, siempre se distinguió en la persecución y aniquilamiento del salvaje. Parece que le domina una envidia hacia los seres felices, y para destruir esa felicidad primero les cambia oro por cuentas de vidrio y cascabeles; luego les rebanea el pescuezo, o les enseña el culto al alcohol y otras excelencias del vivir civilizado.

Entre esos pueblos víctimas, ocupa un lugar distinguido el café, cuyo nombre es sinónimo de brutalidad e incultura. Apesar de tan negra fama, el negro pueblo café constituye la «élite» de la raza negra. El café es humano, paciente, valeroso y hospitalario. Toda su fama de hombre bestial y sanguinario proviene de que se ve obligado a defenderse contra los aventureros que le acometen ávidos de lucro. El trato con el civilizado blanco le hizo desconfiar, odiar, asesinar y enviciarse hasta la médula de los huesos.

Vivían tranquilos, frescos, sin camisa los hombres, sin corsé las mujeres, comiendo de la caza y de la agricultura. El casero, el almacenero, los impuestos, los partidos políticos, las luchas sociales, el grafófono, el bicarbonato de soda, etc., les eran perfectamente desconocidos. Vivían a su gusto, en pleno siglo de oro negro, sin apenas distinguir del tuyo y del mío. Pocos entuertos que enderezar hubiera tenido allí Don Quijote. Una esposa valía 80 cabezas de ganado, y las cabezas de ganado sólo alcanzaban cotizaciones que hubieran parecido ridículas y despreciables en los mercados blancos. Adoraban a sus antepasados sin intervención de los sacerdotes; fundían el hierro y el cobre para hacer armas con que defenderse de las fieras; labraban primorosamente troncos de árboles; hacían cestos de mimbres. El café era feliz, serenamente feliz, todo lo feliz que un hombre puede serlo.

Mas el whisky, el gin y otros licores espirituosos llegaron a Cafrería, y los Ama-Zulús, los Amas-Tembus, los Ama-Lala, los Ama-Ncolosi y otras tribus cafres perdieron su serenidad dichosa. Ya van perdiendo la esbeltez característica de su raza; bajo sus lanudos cabellos su cacumen se embrutece; pronto merecerán el sobrenombre de cafres.

Por si el uso del alcohol barato, malo y caro, no fuese bastante, han caído en otro vicio más café: el opio.

La droga tan decantada por Claudio Farrère, parecía privativa de los chinos, de los árabes y de los «snobs» de los continentes blancos. Un café fumando opio es tan absurdo como un gaucho de frac y corbata blanca. El mismo Farrère no hubiera concebido nunca tal despropósito.

Pero se trata, sin embargo, de un ser real, estúpidamente real: los cafres

abusan del opio con ese furor que ponen en sus vicios los seres inocentes primitivos. Y los traficantes cuidan de que la planta envenenada, la hermosa y falaz adormidera, no falte en Cafrería, trayéndola no se sabe dónde o cultivándola cerca de allí.

Para aspirar el humo narcotizante, los cafres no usan la pipa tradicional de los fumadores asiáticos. Hacen en tierra un canal poco profundo y allí

ponen el hogar donde se queman los granos de opio y el tubo por donde se aspira el humo; luego nivelan el suelo, de modo que sólo sobresalga el tubo y dicho hogar. Un café se encarga de cebar la pipa, el otro prosternado absorbe el humo, hasta que pierde el conocimiento y es apartado por sus compañeros. Mientras el fumador sueña, otro le reemplaza, y así sucesivamente. El café hace a la tierra madre cómplice de su horrendo vicio.

De este modo, toda la tribu cae en seguida bajo el hipnótico imperio de la degradante droga. Mujeres y hombres abandonan momentáneamente este mundo para soñar con otro mejor. Pero, ¿qué visiones agradables hallarán los cafres? ¿Se creerán libres del amo, del trabajo, de la degradación? Las huríes negras, ¿serán tan hermosas como las huríes amarillas del paraíso artificial chino?

El opio llega tarde para la negra población de Cafrería. En otros tiempos, cuando los negreros estibaban sus barcos con ébano viviente, el humo opiáceo hubiera sido un benéfico consuelo. Ahora no se comprende la necesidad de tal uso. Tal vez les sirva para olvidarse de que ya están medio civilizados, es decir, demasiado civilizados.

En medio de nuestros progresos, mientras paseamos en automóvil o nos aburrimos en el teatro, siempre vive en nuestro interior una protesta contra el convencional martirio que nos impone la vida civilizada. Durante esos momentos, una secreta voz nos dice que deberíamos regresar a la existencia pri-

mitiva, a las delicias del bosque, lejos del casero, del almacenero, del «music-hall», etc. Al enterarnos de estas cosas de Cafrería y de otras que ocurren en países salvajes, el ánimo vacila, y si en el bolsillo hay plata, se reconcilia uno con la vida civilizada. No merece el trabajo de ser negro, esa vida llena de vicios blancos. Pueden perdonarse el amor al bosque, las comodidades de la vida intensa y libre, si no vienen acompañadas de la ingenuidad virtuosa.

Pero pensándolo bien, más vale la Cafrería, con opio y todo, que no los países civilizados con sus agiotistas, bolsistas, cobradores, recaudadores y otros verdugos. Porque, entre borrachera y borrachera de alcohol y de opio, los negros cafres disfrutarán las delicias de sentirse amos de sí mismos, cosa que ya se va perdiendo en regiones donde la gente está negra por dentro.



UN FUMADERO DE OPIO AL AIRE LIBRE.

LOS PELIGROS DE LA DESESPERACIÓN

Ningún enfermo del estómago e intestinos, por crónica y rebelde que sea su dolencia, debe desesperarse. Muchos han consultado notabilidades médicas sin encontrar alivio, y al tomar STOMALIX del Dr. Saiz de Carlos, han recobrado la salud. Las fermentaciones anormales del estómago producen acedías y vómitos, que se corrigen inmediatamente con este medicamento. Quita las náuseas, ardores epigástricos, y la digestión se normaliza, el enfermo come más, digiere mejor y se nutre. Es de resultados positivos en las diarreas y disentería. Venta en Farmacias y Droguerías. Pidan folleto a CARLOS S. PRATS, San Martín, 66, Buenos Aires.



PERSIA EN NUEVA YORK

La caridad es ingeniosa y, como ingeniosa, hábilmente original. Una persona altruista busca el modo de poner al servicio del prójimo desvalido toda la inspiración y todo el buen gusto de que sea capaz. Así, la caridad es arte al mismo tiempo que virtud.

Como el hombre es artista por temperamento, necesita el estímulo potente del artificio, cosa que los mendicantes de profesión conocen a maravilla y a ella deben el triunfo de sus mejores sablazos. Una limosna implorada sin arte es voz en el desierto.

Añadamos a estas reflexiones la afirmación, al parecer atrevida, de que los mejores mendigos son las mujeres y hombres acaudalados. Por eso, a veces entre el enjuto colchón de un mendigo encuentra la autoridad imprevistas sumas de valiosos billetes o cartuchos de monedas áureas. Por eso, nadie mejor que una millonaria sabe implorar un bien de caridad, buscando más hábiles tretas para conmover o herir los sentimientos filantrópicos y artísticos de ricos y pobres.

Por amor al semejante en desgracia, los artistas del altruismo saben buscar mil modos de aflojar los cordones de las bolsas bien repletas. Princesas que bailan; reinas de cualquier artículo de primera necesidad que cantan tonadillas; marquesas actrices, y otras representantes del gran mundo que se disfrazan en bien del pequeño mundo. En esto del disfraz, hay una prueba de modestia cristiana superior al precepto de que una mano no sepa lo que en cuestiones caritativas haga la otra.

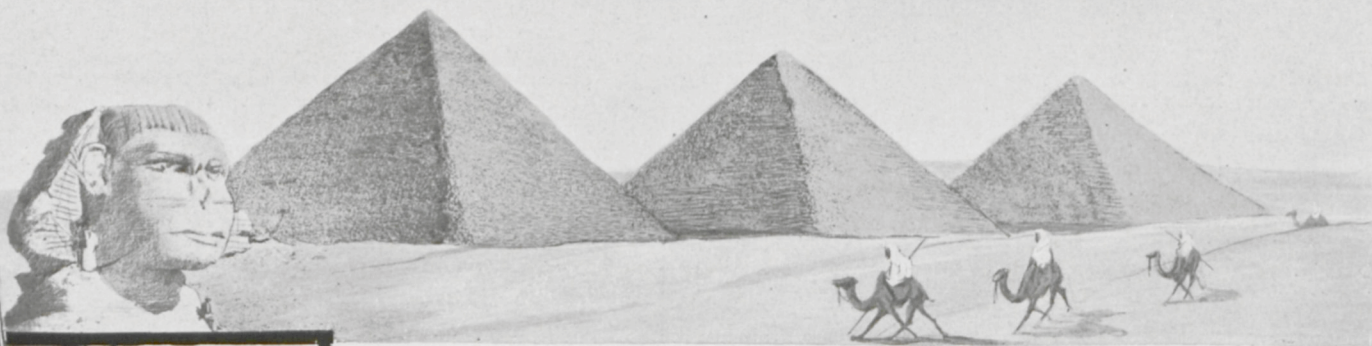


Uno de los atractivos del Bazar «Hero Land War», de Nueva York, institución benéfica o mina fructífera para los heridos e inválidos («Hero Land War» significa literalmente «Tierra de los héroes de la guerra») lo constituye la reproducción de una calle de Bagdad, por donde transitan numerosas muchachas ricas ves-

tidas a usanza persa. La reproducción, como lo atestigua nuestra fotografía, es maravillosamente admirable, excepto los rostros, pues en toda Bagdad no hay mujeres tan lindas como las señoritas Helen, Edith y Harriett Pratt, y Mary Steichen, verdaderos ángeles sin alas de la beneficencia neoyorquina.

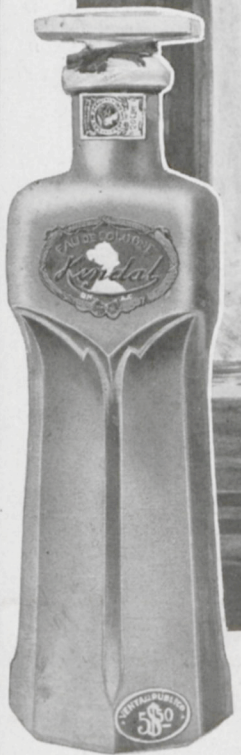


PNEUMÁTICOS DUNLOP



SÍMBOLOS DE DURACIÓN

542, PASEO COLON, 544



KENDAL
FRASCO GRANDE \$ 5.50
FRASCO MEDIO \$ 4.30

NORA
FRASCO GRANDE, \$ 7



LE SANCY
AMBREE
DELICIOSA PARA EL TOCADOR

- FRASCO GRANDE, \$ 5.30
» MEDIO, » 3.10
» CUARTO, » 1.90

SIMPLE
IDEAL PARA EL BAÑO
FRASCO GRANDE, \$ 3.20
» MEDIO, » 1.95
» CUARTO, » 1.45
» CHICO, » 0.40

LOCIÓN
«LE SANCY»
DE RICA E INCONFUNDIBLE FRAGANCIA \$ 2.65



Aguas de Colonia.
LE SANCY
Ahora
Kendal
Duc

PÍDALAS EN FARMACIAS
Y PERFUMERÍAS

BLAS L. DUBARRY
MEDRANO, 476 - Buenos Aires.



DUC
Precio \$ 5,50



ULTIMAS CREACIONES "HARRODS"



7262.—ELEGANTE VESTIDO en rico tul de hilo color crema, adornado con encaje filet..... \$ 120.—
SOMBRERO MUY CHIC, de liberty negro, adornado con pincho de fantasía, a..... \$ 40.—

Casa en MAR DEL PLATA
SAN MARTIN, 2465
Unión Telefónica, 292, Mar del Plata

2641.—ELEGANTE VESTIDO en es-
pumilla color rosa, adornado con lindos
bordados en seda hechos a mano, corpiño
de pongé..... \$ 175.—
MUY NOVEDOSO SOMBRERO en
jelpa blanca, adornado con cordeliere de
chenille..... \$ 45.—

7237.—VESTIDO MUY CHIC, en ri-
ca clase de tul color celeste, adornado
con encaje filet y cintas de seda, \$ 150.—
ELEGANTE SOMBRERO de satén,
borde de galón paillete, en negro, \$ 60.—



Harrods

FLORIDA 877
Y PARAGUAY 554

Plus Ultra

AÑO III.

BUENOS AIRES, ENERO DE 1918.

NÚM. 21.



VIDA SOCIAL

UNA NOCHE EN EL TIGRE.
GOUACHE DE ALONSO.

EVGENIO D'OR

En el Instituto de Estudios Catalanes he conocido al fuerte pensador catalán Eugenio d'Ors, que ha hecho célebre su seudónimo de *Xenius*, al pie del glosario que inició hace diez años en «La Veu de Catalunya» y que ha continuado, sin interrupción hasta la fecha, día por día, ya estuviese en Holanda o en Suiza, en Bélgica o en Francia.

Nuestra presencia parece despertarlo de la meditación y a ello contribuye su voz apagada, que cuando el diálogo se inicia, es agradable y sonora. Su cabeza, salva de la vulgaridad a su tipo, alto y robusto; sobre el casquete negro de su cabellera — que se prolonga hacia adelante en pequeñas patillas románticas — hay ya incrustaciones de plata, que ennoblecen sus treinta y cinco años.

Las cejas, pobladas y salientes, le restan claridad a su semblante, velando sus ojos, color de tabaco, que, la costumbre de mirar hacia dentro, se dijera que intenta darlos vuelta y le quita expresión, siendo su mirada de una inmovilidad inquietante.

A pocas palabras, me dice su gran interés por la América del Sur y su propósito de ir a ella, quizás pronto. De allí nos llega — exclama — la gota de sangre preciosa que fortalece y renueva nuestra raza; que viene a ser la que en otros tiempos llevó Italia a Francia... ¡Gota de sangre preciosa!... Yo también tengo algo de allí: mi madre era cubana.

Hablamos de la Argentina — y me sorprende con sus conocimientos de ella, pues aquí se sabe muy poco de sus hombres y cosas: — del doctor José Ingenieros, a quien conoce de antiguo; del viaje de don José Ortega y Gasset y el éxito de sus conferencias; de diarios y revistas bonaerenses; de Alberto Ghirardo y, se detiene ante un nombre: Leopoldo Lugones.

— Me parece una de las personalidades más interesantes de la República Argentina. Es un gran barroco... Aquella «Historia de Sarmiento», donde pasa de la exaltación lírica a la nota de diccionario... Debe ser un hombre ansioso de libertad, pero como los grandes barrocos del siglo XVIII, que luchaban por deshacerse de los viejos clásicos sin haber encontrado los nuevos... Porque hay clásicos nuevos... que los encuentra la generación siguiente. Los románticos de principio del siglo XIX.

Parece que los escritores jóvenes están afanados por la creación del alma nacional; muy noble propósito.

— Sí. Hubo una época, en que nuestra literatura se estaba formando a base de elementos nacionales; pero llegó la continua y poderosa inmigración — desde el italiano al japonés — y entonces la psiquis del pueblo quedó abolida. Hemos pasado un período de silenciosa expectativa, en la que ha estado y está gestando una grande y nueva literatura...

— Lugones es entonces el hombre representativo de este momento.

Después de una digresión filosófica, como que en el pensamiento moderno destila su sangre, aparece la guerra:

— ...Y en Buenos Aires, ¿siguen con interés sus acontecimientos?

— Con interés y muchos con apasionamiento.

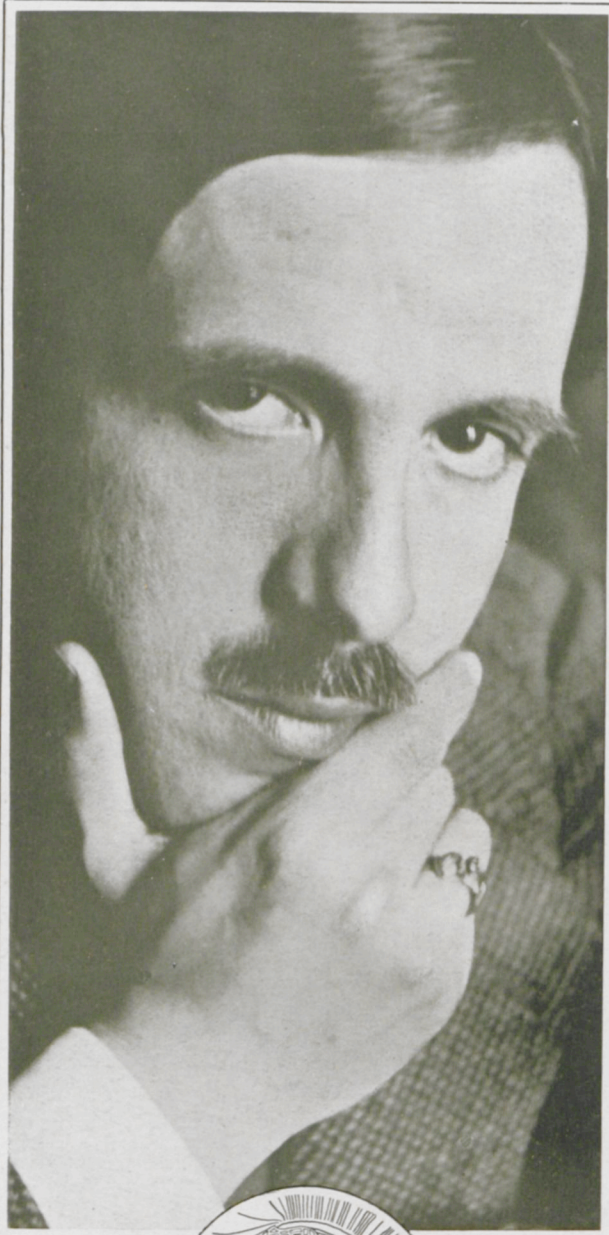
— ¿La opinión general?

— De parte de Francia y sus aliados. Pero se ven muy poco estas aberraciones intransigentes de francófilos y germanófilos.

— Es una suerte. Los pueblos en lucha y aquellos que, como el nuestro, están próximos a ellos, sufren una ofuscación momentánea, que les hace rechazar todo lo que pertenece al pensamiento de los enemigos. Sería deplorable que esto mismo ocurriese en América. Aunque es muy difícil adelantar nada sobre las consecuencias de esta guerra, pues la acción dificulta la idea, podemos estar seguros, así sobrevengan tiranías militares o gobiernos democráticos, del triunfo del internacionalismo, o sea el conocimiento y el amor de todos los pueblos. En dos años se realizará una labor para la cual se hubiesen necesitado cincuenta.

— La actitud de Romain Rolland debe ser para usted muy interesante, en ese sentido.

— Me parece muy noble y acertada. Aquí fundamos un «Comité



Leopoldo Lugones

1. Francia ha perdido un académico en Verhaeren, ¿por qué España no ha de ganar un académico en Leopoldo Lugones?

Probablemente esto a él no le importe. Pero esto puede importar en gran manera al habla castellana y a sus destinos.

Lugones es el más prodigioso inventor verbal de las cuatro Españas, — la castellana, la nuestra, la de los portugueses y la de los americanos.

Cada palabra antigua en boca de este poeta parece pronunciada por primera vez. Cada palabra nueva, parece inmemorial.

Gravida de tradición es su novedad. Y a las academias interesa vitalmente traer a redil todas las tradiciones, aunque se trate de tradiciones de seis años.

Xenius

Xenius.

de amigos de la unidad moral de Europa» y con ese motivo tuve correspondencia con él. Se trata de salvar ciertos valores espirituales que nada tienen que ver con los ejércitos a los que se quiere mezclar.

Yo recuerdo el libro de Rolland «Au dessus de la mêlée», donde deja consignado todo esto, tan significativo y bueno.

— Donde ha culminado el espíritu latino es en Italia, — dice *Xenius*. — Francia ha ido a la guerra obligada por la agresión brutal, pero Italia ha meditado su actitud y en el pueblo hay cierta alegría al marchar al combate. Es algo que sugiere a las grandes guerras antiguas... Tienen un gran poeta, D'Annunzio, que los impulsa a la acción, y un filósofo, Croce, superior a Rolland. Literatos y periodistas escriben allí con más libertad; no se nota en ellos la presión inglesa... Son los que tienen una visión más clara de estos hechos, y sin embargo, aquí nadie se interesa por ellos y los periódicos italianos se leen muy poco...

— ¿Cree usted que España debía tomar parte en esta guerra?

— No... Ninguna nación...

Para Eugenio d'Ors tiene poca importancia el regionalismo que agitó hace poco la conciencia española; le parece detestable que cualquier región de España pretenda gobernarse por sí misma, y...

— ¿Por qué escribe en catalán?

— Es el único idioma en que nosotros podemos crear, poner alma. Las ideas son las palabras y de ellas nacen... Prueba de ello es que una palabra que para nuestros abuelos significaba una cosa, para nosotros es otra. Debemos aplicar la inteligencia y el pensamiento universal sobre el espíritu local. Así, procuramos hacer a este Instituto de Estudios Catalanes, de Estudios Generales.

Hablamos de la vida artística de Cataluña que es intensa; de poetas, pintores y escultores, en éstos es en lo que estamos mejor, me dice; y en pintura hay cosas muy interesantes y buenas. Tiene un gran aprecio para José Pijoan, el autor de la «Historia del Arte», el poeta que sabe tañer la lira de Maragall y cuya existencia misteriosa se oculta en el Canadá.

Al hablar de escritores castellanos, comenta a Azorín como un maravilloso prosista; de don Ramón del Valle Inclán dice que es el más grande poeta dramático castellano y me refiere la impresión que le produjo el estreno de «Voces de Gesta»; tiene palabras de cariño para Pío Baroja, su opositor en estética, y para la obra poética de Ramón Pérez de Ayala.

Y sobre todos los poetas castellanos, en la cumbre más alta, pone al maravilloso, al único: Rubén Darío. Y entre otras palabras, llenas de admiración y cariño, dice:

— Tenía la intuición suprema del lenguaje; sabía escoger la palabra justa; esa que sabemos es la que corresponde para la expresión de una cosa y que, sin embargo, nos causa tanta sorpresa y alegría encontrar... A Octavio de Romeu, mi personaje irreal, que a veces me acompaña y con el que suelo dialogar, le hacía yo decir a Rubén Darío: «Eres un trompo divino, de música; aunque la cuerda del dolor apriete tu cuello, no llores: es que el señor te da cuerda...»

— Usted, que ha dicho que el nuevo siglo será el de la filosofía ¿cree que la poesía futura tendrá ese carácter?

— En todo estará la filosofía; pero debemos tener en cuenta que su mayor triunfo consiste en que ella no estorbe a las otras manifestaciones...

Así terminó nuestro diálogo aquel día, quedando citados para otro, en la Escuela de Bellos Oficios, después de una de sus conferencias. La obra de *Xenius*, el colaborador más extraordinario que tuvo diario alguno en el mundo, según el «Mercure de France», o el Sócrates de la moderna España, que dijo la revista de Munich, «Allgemeine Rundschau», debe estudiarse con serenidad. La Escuela de Bellos Oficios, donde se promete desarrollar su tipo humano de «Aprendizaje y Heroísmo», merece capítulo aparte.

VALENTÍN DE PEDRO.

Barcelona, 1917.



PUERTA PRINCIPAL DE LA IGLESIA DE
SAN LORENZO, EN POTOSÍ (BOLIVIA)



MISSIONES LA VIRGEN DE LORETO.

La fiesta de Nuestra Señora de Loreto se celebra el 10 de diciembre. En el idioma comarcano se entiende por «cumpleaños» ese día y al anterior se le llama «velorio».

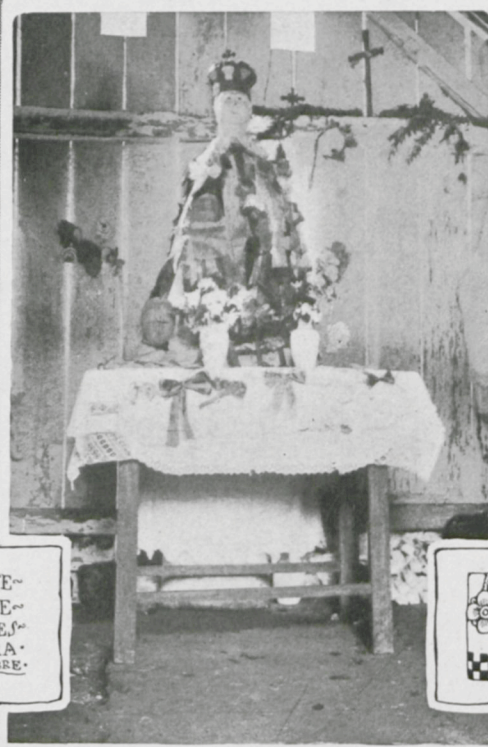
Nosotros fuimos a Loreto el 9, el día del velorio.

Bien merecía la pena dejar por un día nuestra vida semisalvaje, metidos en el monte machete en mano, o, en el agua, empujando los remos y cabeza y torso al sol, para saborear una fiesta popular.

Las mañanas de Misiones, como las noches, son deliciosas. Y hechos a levantarnos con la salida del sol, muy temprano nos pusimos en camino. A pie, desde luego.

Pero esas dos leguas por un camino que atraviesa un manchón de campo, que se interna en el monte por una «picada», que es el paraíso de sombra y de frescura soñado cuando se va por un arrenal a las 12 del día en esta época, por ejemplo, y allá, que descende al valle y sube a la loma y trepa por las rocas, que se continúa al otro lado del Yabebirí, mediante una balsa sobre dos chalanas, y que se mueve tirando a brazo de un cable tendido de orilla a orilla, es un placer para los ojos y un saludable ejercicio para quien esté entrenado, como era el caso.

El naranjal nos dió indicios de la proximidad de la plaza y des-



NUESTRA SE-
ÑORA DE LORE-
TO, CVYA FIES-
TA SE CELEBRA
EL 10 DE DICIEMBRE.



carne, — de galinha, sin duda — y grasa. Aquello es imposible y optamos por las naranjas. Una docena cada uno y un jarrito de miel, hacen el almuerzo más sabroso que recuerde, salvo un descomunal plato de porotos y miel después de una mañana entera de monte, abriéndonos paso con el machete.

Damos una vuelta. El silencio es completo. La fiesta popular consiste en estarse allí no más. Las familias acampan a la sombra y comen y chupan mate y cumplen con la virgen, metida en la capilla, con testimonio de presencia y alguna vela encendida. En el mejor «boliche», una tienda de lona, se juega al monte. El sargento de policía que asoma la cabeza por entre el grupo apretado de mensú, sigue con ojos de obseso el meticuloso deslizar de los dedos que cogen la carta y la vuelven. Después se va como desencantado.

En un extremo de la plaza está la capilla, que es un rancho de madera, con «sobrado» de techo de paja. El traje de la imagen desaparece bajo un cinterío de colores que el viento agita constantemente. Aquella cara blanca, con expresión de alegre sorpresa, hinche de fervor religioso a muchos creyentes y preside la ceremonia por tandas, del bautizo de niños. Luce una brillante corona de cartón sobredorado. Detrás de



EL PADRE JO-
SÉ Y LAS MA-
DRES Y NIÑOS
QUE EVERON
BAUTIZADOS.



embocamos de golpe en ella, realmente sin esperarlo tan de inmediato. La plaza es un manchón de tierra llana, más o menos cuadrado, rodeado de monte. Alguna piedra cubierta de musgo, algún resto de muralla, amparo de helechos y «espinhos», todo perdido y diminuto, menos la «plaza» en la inmensidad de la arboleda, naranjos, higueros, etc., atestiguan el sitio de la antigua misión.

Un carro sin caballos y unas sillas junto a las ruedas, es un establecimiento donde despachan bebidas, «caña» casi exclusivamente, y vino. Todo en torno de la plaza y a la orilla del monte está ocupado así por despachos de cosas de comer o de beber. Alguna tienducha de lona y un mostradorcito de cajones o de tablas. Pero, en general, cada establecimiento se compone de una tabla y cuatro estacas, y sobre ella, la especialidad: tortas fritas, empanadas, queso, miel, mazamorra, pan, loco, naranjas. Queremos comer. Nos acercamos a la vieja de las empanadas.

— Son de galinha — nos sopla tentadora.

Parto una. La masa es correosa y dentro, un matete de arroz, algo de

IMPARTIENDO
LOS SANTOS
OLEOS...



la puerta de la capilla arden, sobre una mesa que lagrimea es-tearina por los cuatro costados, innumerables velas, tentación de innumerables perros, hábiles en apagarlas y comérselas.

A las tres aparece el padre José. Va a bautizar la segunda tanda de chicos. Un muchachón fornido, cruza, tambaleándose, desde el próximo boliche y se acerca, sin interrumpirse en su tarea de llenar de caña un vaso, metido en éste el gollito de la botella. Lo llena hasta el borde sin derramar una gota y, de un trago, lo vacía. Después se apoya en un palo del «sobrado» y escucha con sonrisa escéptica el discurso preliminar del padre José: «Bueno, señores; ya saben que se paga adelantado, porque no tengo ganas de ir a correr por el monte, después, detrás de ustedes».

La ceremonia termina bien pronto. Después todo vuelve a su aspecto anterior. Anoche hirieron a un mensú; anteayer un peoncito recibió un tajo en la espalda. Dentro de dos o tres días habrán terminado las fiestas de Nuestra Señora de Loreto. Y nada más.

RODOLFO ROMERO.





LA MÈRE MORIEU
ÓLEO DE RIBOT.

DE LA COLECCIÓN DEL SEÑOR LORENZO PELLERANO.





La Iglesia
Matriz de
Jujuy



Interior de la iglesia

Pulpito tallado por los indios



LOGRANDO mantener el prestigio de su tradición, Jujuy, la remota ciudad fronteriza, sigue presentando el viejo carácter que le imprimieron las generaciones pasadas. Sus monumentos nos recuerdan hechos memorables que testimonian fechas y nombres, borrados casi en la continua sucesión de los años. Las piedras carcomidas hablan al espíritu con el encanto de su grandeza secular, porque ellas sintetizan el logro de humanos ideales, no por lejanos, menos dignos de nuestra veneración y respeto.

Jujuy siente acaso, como ninguna otra ciudad de la República, el noble deseo de conservar sus

tradiciones. Viejas fachadas de aspecto colonial, forman hilera en sus calles anchurosas y largas. Así vemos aún edificios como conventos, y construcciones religiosas con torres que quieren parecer atalayas. Visitando la población, siéntese en el alma ese sutil aroma de eternidad que se desprende de las cosas abandonadas. Y no es que nuestro espíritu ambulante se sugestione ante lo carcomido y ruinoso; es que el sentimiento de lo inmortal flota en la quietud solemne de estos silenciosos lugares. Porque Jujuy, a pesar de sus recientes y casi obligadas innovaciones, subsiste como una afirmación de la leyenda y de la historia.

En medio de antiguas casas vecinales, hundidas en el quietismo de su vejez centenaria y caduca, alzáse su máspreciado monumento: la iglesia matriz. Construida durante los primeros años del siglo XVIII, tiene asiento en los solares que se le adjudicaron cuando la fundación de la ciudad (19 de abril de 1593). Anteriormente hubo en este sitio un pequeño pueblo llamado Nieva de Quintana o Huaico-Hondo, destruido dos veces por los indígenas, que sólo respetaron la imagen de Nuestra Señora de Nieva, conservada hoy en la iglesia que mencionamos.

Otra imagen de las veneradas es la virgen de Paipaya del Río Blanco, enaltecida por la tradición. Paipaya era un poblado indígena extinguido en la antigüedad; derrumbada su capilla, fué trasladada la virgen a la población del Río Blanco, donde se le construyó una ermita en 1716, bajo el patronato del gobernador don Pedro del Portal. Tenida como milagrosa, oraron ante ella en visperas de combate los generales Belgrano y Güemes. La Santa Sede ha decretado su coronación, que se celebrará en el corriente año de 1918.

La iglesia matriz consta de un solo cuerpo, con su nave de madera en forma de bóveda, altares a los costados y un retablo churrigueresco donde se rinde culto a la Virgen de las Mercedes, patrona de Jujuy. Bajo su protección se juró y bendijo, el 25 de mayo de 1812, la primera bandera argentina, y un año después el escudo nacional, trofeos que don Manuel Belgrano depositó en el

AQUI YACEN LOS RESTOS DE
DON JOSE IGNACIO DE GUERRICO
Q. D. NACIO EL 18 DE MARZO DE
1771 EN LA VILLA DE CIRAÍN
PROV. DE GUIPÚZCOA, EN ES-
PAÑA Y FALLECIO EN ESTA CIU-
DAD EL 28 DE JUNIO DE 1849, DE
EDAD DE 77 AÑOS Y MES Y 10
DÍAS DESPUES DE HABER OB-
TENIDO HONORABLES DES-
TINOS Y CONCURRIDO DE UN
MODO DIRECTO A LA EDIFI-
CACION DE ESTE TEMPLO DE-
DICADO A LA VIRGEN MARIA
SRA. NUESTRA BAJO LA AD-
VOCACION DE MERCEDES.

templo para que fuesen conservados como preciosas reliquias. La bandera fué inspirada en la del regimiento de Galicia, que tanto hubo de distinguirse en la reconquista de Buenos Aires. Don Bernardino Rivadavia y los generales Pueyrredón y Belgrano eligieron los colores azul y blanco, tomándolos de la escarapela y banda de Carlos III, de cuya Orden era Caballero don Juan Martín de Pueyrredón. Este dato lo citan en sus escritos varios historiadores.

Joya de indiscutible mérito, dentro del arte americano, es el púlpito que figura a la derecha del altar mayor, construido en forma de tríptico. Sus relieves perpetúan las generaciones habidas desde Adán hasta Jesucristo, formando un extraño árbol genealógico. Entre columnas salomónicas se destacan los cuatro evangelistas, y en el pasamano de subida a la plataforma, ángeles vestidos a la usanza de 1600 ascienden por la simbólica escala de Jacob. Fué tallado por los nativos del Perú bajo la dirección de los jesuitas, siendo su estilo el barroco, aunque desvirtuado un tanto por marcadas influencias del indígena primitivo.

Igual carácter tiene la puerta de la sacristía, y uno de los confesonarios, antiguos y bellos ejemplares que acaso servirán algún día de modelos para la formación, en América, de un arte propio y definido.

Enterramientos preeminentes guardan las cenizas de don Teodoro Sánchez de Bustamante, diputado al Congreso de Tucumán (1816) y las de don José Ignacio de Guerrero, nacido en la villa de Cerain de Guipúzcoa, en 1771, que según se halla inscripto en su tabla tumbal, ocupó honorables destinos, contribuyendo a la fundación de la iglesia. Fué muy devoto. Falleció el año 1849.

Entre los ornamentos sacerdotales merece también recordarse una valiosa casulla parecida a la que existe en el convento de San Francisco de la misma ciudad, cuya briscada seda carmesí, traída de España, figuró en una gualdrapa del Caballero de la Cerda, Duque de Medinaceli.

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE.

Capa mortuoria de madera que cubria la tumba de Don José Ignacio de Guerrero

Confesonario y puerta interior obra de los indios



CIGARRERA ANDALUZA
ÓLEO DE GONZALO BILBAO.

PROPIEDAD DEL SEÑOR JOSÉ M.^a MÉNDEZ.



ORO
VIEJO

Los carnavales de mi tiempo

PABLO
DELLA
COSTA

POR

La primera transición entre la barbarie y la vida civilizada se produjo allá por el año 69 del siglo pasado. Tengo clavados en la retina los feroces «huevitos de oro» — que golpeaban y se quebraban en pleno pecho de las señoras y de las niñas que se atrevían a asomar a la puerta o la ventana; — no se me escapan de la memoria los cubitales baldes de agua que caían como un chaparrón sobre la cabeza de los transeuntes; no me olvido de las monstruosas jeringas de lata cuyo pico se entraba por entre las rendijas de las puertas y los ojos de las cerraduras; tengo muy presentes las colosales bombas de papel de diarios, llenas de agua; que enneguecían a los peatones; y el escarceo de los caballos, y las aposturas de los jinetes, y las coronas de flores naturales o de flores de papel que éstos recibían de manos gentiles, y el cañonazo anunciador de la batalla y el cañonazo vespertino que clausuraba el combate. Era todo aquello hermosamente salvaje, pero salvaje de veras, y fué necesario desterrarlo porque la cultura popular así lo pedía a gritos.

Fuó como el nacimiento de una vida nueva. La prohibición severa, rígida, del juego con agua, dentro de cierto radio de la pequeña aldea, buena y mansa, colonial y honesta, despertó un entusiasmo y una emoción desconocidos hasta entonces. La implantación del corso de las comparsas, con itinerario fijo, a hora determinada, produjo en el vecindario la idea de una fiesta grande, nueva, en la que todo el mundo tomaría parte, como si un consenso general la estimulase, como si el pueblo entero quisiera descuajar las viejas costumbres, de manera que no quedase ni rastros de la bárbara y antipática forma en que se habían celebrado hasta aquellos días las tradicionales carnestolendas.

Los hombres ricos, los industriales y los comerciantes domiciliados en el tránsito del corso, se constituyeron en numerosas comisiones vecinales, a fin de recolectar fondos para dar mayor lucimiento a las fiestas. Cuatro o cinco días antes del Domingo de Carnaval, ya se veían los carpinteros y los pintores construyendo arcos de triunfo que tomaban los cuatro ángulos de cada bocacalle, y así, desde la Plaza de Lorea por Victoria hasta Florida, y desde Florida hasta la calle del Parque y desde ésta hasta la plaza del mismo nombre; en el día inicial de la fiesta, los arcos triunfales sacudían al viento sus follajes y sus banderas multicolores, ostentaban sus transparentes caricaturescos, mostraban sus innumerables faroles japoneses, y, en guirnaldas, formando arabescos, a lo largo de las aceras, en juego armónico, faroles y gallardetes daban tinte y color a la apretada línea de casas que flanqueaban el corso. Pendían de los balcones y de las ventanas tapices de todo género, manchando de tono subido el albo blanquear de las paredes, predominando el verde, el rojo y el amarillo en una sinfonía caliente y desordenada de colores. La mal empedrada calle, cuyos picos salientes eran tortura de los pies, había sido totalmente cubierta de perfumado hinojo que saturaba el ambiente por la fuerte trasudación que el sol arrancaba a aquel mar de hierba fresca. A mediodía los obreros daban los últimos toques al artístico adorno, escenario propicio, decoración simpática de la fiesta anunciada, que había de esculpirse en la memoria, y por muchos años, de aquellos que la participasen por lo novedosa, por lo artística, por lo regeneradora, por lo amable al espíritu y a los sentidos.

Al iniciarse la tarde, cuando el sol comenzaba a describir su curva descendente, las calles adornadas empezaron a llenarse de gente, mientras en la Plaza de Lorea iban reuniéndose las comparsas que, en un orden preestablecido, debían desfilar por el corso, encabezadas por dos jinetes cuya nombradía y fama alcanzan hasta estos tiempos. Estanislao del Campo y Héctor Varela, presidentes del corso, debían dirigir la marcha. A las cuatro de la tarde las calles, las ventanas, los balcones, las azoteas, todos los huecos visibles del trayecto estaban atestados de gente, y las damas y las niñas defendiéndose del sol con sombrillas de mil colores distintos, los hombres y los niños, firmes



en las aceras recibiendo los rayos calientes con resignación estoica, esperaban que se produjese el magno acontecimiento.

Y así fué como, a aquella hora, los dos jinetes, gallardos en sus piafantes cabalgaduras, cubiertos con el negro chambergo de alas anchas, vestidos de chaquetilla azul, pantalón blanco y bota de postillón, desembocaron por la esquina de Lorea y Victoria, seguidos por una banda de música, y saludados por una delirante salva de aplausos ensordecedora, que corrió como un viento ligero, repitiéndose en ondas y como a saltos en toda la extensión del corso. Detrás de ellos, las comparsas, con sus músicas de violines y guitarras, con sus estandartes resplandecientes de seda y de oro, con sus trajes pintorescos, hicieron irrupción, flanqueadas por bandas interminables de chiquillos, que saltaban y corrían en aquel delirio de la cosa nueva, gritando, aplaudiendo, desgañitándose en esa explosión del alma infantil que no encuentra valla a sus primeras alegrías.

Eran millares de hombres y de mujeres los que formaron la alegre mascarada, eran millares de instrumentos y de voces los que quebraban el aire sereno de aquella tarde de sol radiante y esplendoroso, era una multitud sana de espíritu, sana de mente, sana de cuerpo que se movía como una ola gigantesca en medio de una polifonía desconcertante y embriagadora de tambores, platillos, trombones, violines, panderetas, guitarras y castañuelas, era toda la música latina, de todos los pueblos europeos, transplantados a estas playas cariñosas, que se fundían en un acorde grandioso para saludar a las banderas, a los gallardetes, a las flores, que el viento suave mecía como si quisiesen llevar el compás de los orfeones.

La enorme mascarada, a pie, a caballo, en carros alegóricos, avanzaba lentamente entre aplausos y gritos. De vez en cuando, al hacer un alto inesperado, las comparsas cantaban sus coplas alegres o amorosas debajo de los balcones, y las flores, arrojadas por manos gentiles, premiaban el amable obsequio de la canción. Otras veces, las comparsas invitadas por los vecinos, penetraban a las casas en procura del refresco ofrecido a cambio de las canciones del repertorio, — visita que terminaba con algunas vueltas de vals, — y tal vez, y sin tal vez, algún flirt amable apenas esbozado, en el calor tumultuoso de aquella fiesta sincera, artística, buena, toda alma, toda juventud, toda sencillez primitiva, toda ansia de vivir la primavera radiante de la vida.

Componían las comparsas y por grupos los hijos de los acaudalados, de los industriales, de los comerciantes, de los artesanos, es decir, estaban en ellas los hijos de los oriundos y los hijos de los que habían venido a esta tierra a traer el con-

curso de su brazo y de su intelecto, fundadores de las generaciones constructivas de la raza nueva, propulsores de esta alma nacional que hoy tenemos, tal vez un poco híbrida, pero empeñosa y fuerte en el trabajo y en la lucha.

Madres francesas, españolas, italianas y argentinas habían dado a la tierra virgen retoños de la vieja sangre latina y los retoños cantaban al aire la canción de la gloria de la raza, en la gloria del sol americano, en la gloria del flotar de sus banderas, amalgama de sonidos y colores, ríos de fe y de entusiasmo joven, que corrían torrentosos por las venas pletóricas de sangre limpia y honesta.

Y allá iba la caravana gigantesca, al son de las propias alegrías, echándose a la espalda de los tiempos pretéritos, en una procesión incontable, la cercana barbarie del Carnaval antiguo, como una protesta fiera contra los brutales desbordes, llevando por pendón civilizador la primera nota de arte popular que brotó, como una chispa de redención, en el suelo argentino. El pueblo ya no gritaba, ya no aullaba, cantaba, cantaba con un calor indecible y sincero, porque tenía el alma buena, porque tenía la conciencia de la limpieza de su estirpe.

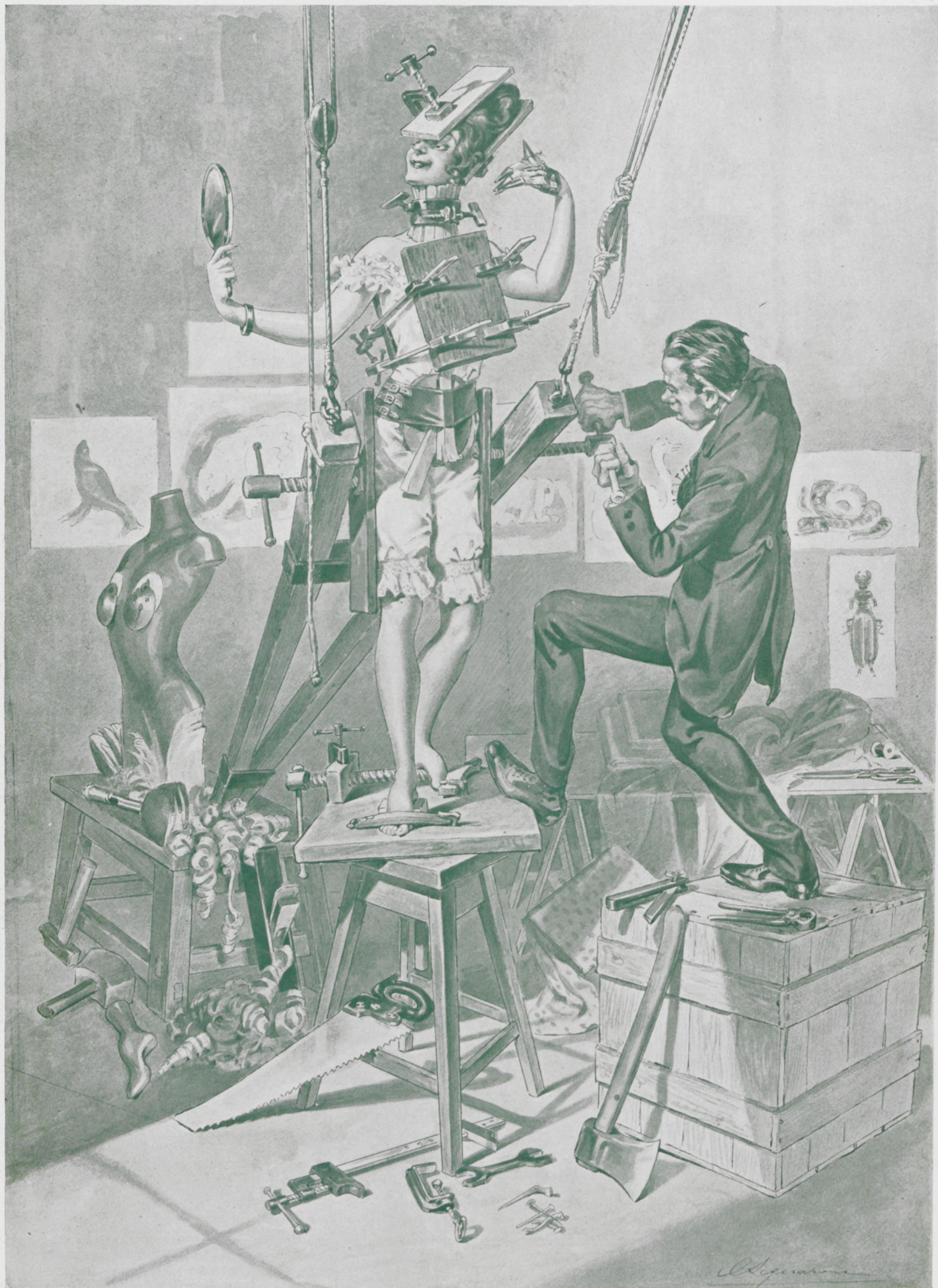
¡Oh! la vieja aldea, cariñosa y buena, santamente envuelta en su aurora de nación que nace a la vida, ¡qué dulces, qué inefables, qué hermosos fueron tus primeros días de arte popular!... ¡Cómo se han grabado en el espíritu, con letras de oro viejo, con todas tus sencilleces animosas y plácidas; cómo reviven, entre la vigilia y el sueño, todas las policromías y todas las polifonías de aquellos momentos que no volverán, y que, evocados, parecen fantasmas imaginativos preñados de encantos!

Cayendo el sol en el fondo del horizonte, en el palpitante intenso de nuestros crepúsculos maravillosos, a la hora en que el día, fatigado, quiere irse a los confines perdidos, el cortejo ruidoso se disolvía lentamente, las músicas se perdían en los arrabales de la ciudad, las canciones se apagaban como ecos lejanos, los sonidos se hacían cada vez más cortos, más imperceptibles, y con la última chispa de luz, a la hora de las ánimas, la mascarada callejera daba por terminada su misión...

Después, por la noche, el remate, es decir, el baile, la fiesta familiar, el hogar abierto con los brazos abiertos, la vida íntima entregada al deber humano de concertar espiritualmente voluntades para que prolongasen el imperio de la vida...

¡Cómo han cambiado los tiempos!...
¡Qué lástima grande que los viejos tengamos que llorar tantas bellezas perdidas!

DIBUJO DE FORTUNY.



MARTIRIOS VOLUNTARIOS

EN CASA DEL MODISTO.
DIBUJO DE ACQUARONE.



Mi perro

Mi perro es casi casi tan lindo como un lobo. Negro, patas de fuego, las fauces color vino; entre el jaspe y la sangre filtra un secreto arbo en su pupila, de fondo vagamente azulino.

Sentado, es una estatua, andando, una sospecha; no galopa, no ladra, ni hace fiestas serviles; si llena con su trote mudo la calle estrecha nueve silencios de hombres y voces mujeriles.

Tira baja y al cuello la horrible dentellada; si hace presa se agacha retrocediendo lento; la sangre de la bestia que arrastra degollada vierte en sus manos rastro feroz del escarmiento.

De noche aúlla, aúlla..... Lo ve a sus calcañares el ladrón, y a las ánimas se encomiendan las viejas; los gatos interrumpen sus juegos familiares para encrespase echando chispas por las orejas.

Después, el sol ya en alto, al amo que despierta le cede al fin la guardia contra el dolo y el robo, y dice la mirada de su pupila alerta: "Ha llegado la hora, patrón, de hacer el lobo".....

Pablo della Costa (hijo).

Dibujo de Peláez.

QVARE CAVSA.



Afortunadamente no me arredran las dificultades; yo soy estoico como Zenón y un poco mucho vegetariano, y el uso diario de las farináceas combinado con las aficiones que despertaron en mí las conferencias de Ortega y Gasset, han desarrollado mi voluntad y el espíritu de investigación. En todo hallo motivo de estudio; me detiene todo problema; y ante cualquier incógnita ejerzo de tirabuzón, penetro en sus profundidades y trato de *extraer* el origen aclarando el misterio. Tesonero el hombre ¿no?

Dice Amado Nervo: «Todos los porqués humanos, dejarían de formularse si conociéramos una dimensión más: la cuarta»; pero yo palpito que, algunos, ni con cuarta.

Así, pues, puede afirmarse, que el viejo Simón de «La Tempestad» cuando cantaba aquello de «¿Por qué, por qué temblar?»

no conocía la cuarta dimensión.

El día que esta medida — o lo que sea — llegue a ser del dominio público, como el balneario municipal, será el momento de aclarar todos los fenómenos que aquí apunto y cuya invariable repetición hacen sospechar la existencia de una ley inteligente y desconocida que bien pudiera ser la cuarta dimensión, verdadero, modernísimo y consolador hallazgo, porque ella será la depositaria de todas las incógnitas. Y así como los médicos atribuyen al sistema nervioso todo cuanto ignoran, el resto de los mortales encontró por fin el modo de resolver toda duda en esta sencilla fórmula: ¡Váyase a la cuarta dimensión!

¿Por qué no cortan nunca los cuchillos de mesa?
¿Por qué los perros tienen tanto odio a los carabineros?

Si se come en la cama, — por muchas precauciones que se tomen, — ¿por qué siempre han de quedar miguitas entre las sábanas?

¿A qué obedece que las telefonistas siempre dicen: «Tenga el tubo», si no hay más remedio que tenerlo?

¿Por qué no ríen nunca los inspectores del tranvía?

¿Por qué están tan mal educados los hijos de los amigos?

¿Dónde van a parar las cajas de fósforos que a todo el mundo le sobra?

Se gane mucho o poco, ¿por qué siempre falta plata a fin de mes?

¿Cuál es la causa de que todos los rengos tengan fama de malos?

¿Por qué se comen tallarines todos los domingos?

¿Qué empeño tiene todo el mundo en publicar artículos si nadie los lee?

¿Por qué interrumpen la marcha de los tranvías los carros cargados con sifones de soda?

¿Por qué todos los italianos llevan siempre puesto el sombrero de un modo tan raro?

En las reuniones de las confiterías, ¿qué pasa que los coristas siempre se marchan sin pagar?

Cuando uno pisa a otro, ¿por qué se queja el que pisa?

¿Por qué razón «La Razón» empieza por la tercera edición? ¿Qué les ha hecho la primera y la segunda?

¿Qué daño hacen las lupas para que, siempre que se las toma, se las retuerza el mango?

¿Por qué habla de miles de pesos todo aquel que no tiene un centavo?

¿Por qué casi todas las literatas son feas?

¿Por qué hay tanta muchacha que usa lentes?

¿Por qué no tienen ni medio los que están en el secreto de los ganadores en las carreras?

¿Por qué no hay ni un mozo de café con gafas?

¿Por qué todo el mundo habla bien de Wagner y a nadie le gusta?

¿Qué sacan los que van en motocicleta con deshacer los oídos de los pacíficos transeúntes?

Si los concertistas de violín o piano se cortaran el pelo, ¿dejarían de tocar bien?

¿Por qué nadie devuelve los libros prestados?

¿Por qué acaba de pasar el tranvía que se necesita y vienen muchos que no hacen falta?

Al terminar la afeitada, ¿por qué pregunta el peluquero si hace daño la navaja?

¿Por qué el dolor de muelas cesa en casa del dentista?

¿Por qué son malos todos los gobiernos?

¿Por qué el pucho cae siempre fuera de la salivadera?

¿Por qué los golpes van directos a la parte dañada?

¿Por qué no molestan los zapatos en la zapatería y sí cuando no pueden devolverse?

Los que presumen de vivos, ¿por qué siempre están fundidos?

¿Qué tiene que ver la pipa con el ingenio de los detectives?

¿Por qué siempre se ignora dónde se agarra un resfío?

¿Por qué se paran los coches en las esquinas, interrumpiendo el paso, cuando se está apurado y se quiere atravesar la calle?

Si uno se viste de claro, ¿por qué se mancha de obscuro? Y si se viste de obscuro, ¿por qué se mancha de claro?

¿Por qué «Los tres mosqueteros» eran cuatro?

¿Tan divertidas son las manifestaciones que las hay todos los domingos?

¿Por qué cuando hay una rotura en el traje, o en los botines, se está en la creencia de que todo el mundo se fija en ella?

¿Por qué prefiere el público ir a los teatros las noches de estreno, si es cuando se ven peor las obras?

¿Por qué suele haber más fiebres en las casas donde hay termómetros?

Cuando se estrena un sombrero de paja, ¿por qué llueve?

¿Por qué son de tan mal gusto los coches fúnebres?

¿Por qué la Pampa tiene el ombú?

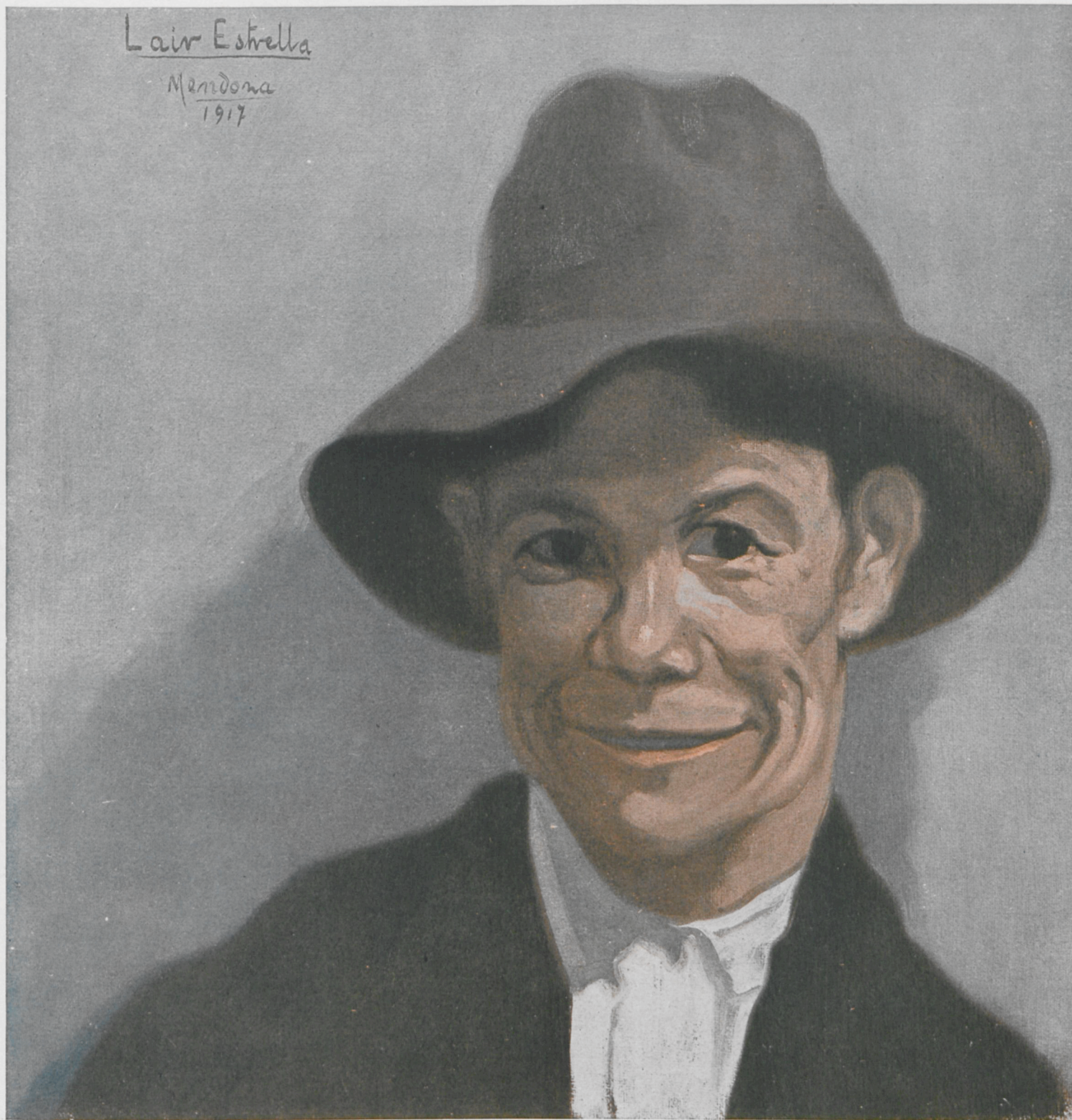
Si algún lector llega a encontrar por ahí la cuarta dimensión y quiere prestármela un momento, yo le prometo devolvérsela en perfecto estado inmediatamente después que resuelva estos pequeños problemas.

Gracias anticipadas.

ANTONIO CAÑAMAQUE.

DIBUJO DE SIRIO.

Lair Estrella

Mendoza
1917

AGUILUCHO

Nació en la espesura de las viñas, una mañana de sol y pámpanos. El silencio era como un ala de gloria en la escena solitaria. Y al filtrarse una ráfaga, sahumada de las linfas del Zonda, hacía de las hojas vividas, cascabeles precursores de las vendimias. Ya los racimos rudimentaban esa forma émula de los corazones, afeñuscadas las uvas en la expresión de pueblos pujantes. Y bajo las frondas nebulosas, sobre la tierra tibia, se extendía el bordado maravilloso impreso por las pintas del sol al traspasar las copas bruscas. Su nido de nacimiento, fué más dichoso que el de las águilas...

Lo proporcionó al mundo el sortilegio de una palabra: Amor. Su madre andina, viniendo del confín Arauco, bajó un día los desfiladeros de la cordillera enorme, como un ampo de nieve rodante, cuyo corazón alojase gérmenes para la corriente de un río... Pisó las áreas fecundas. Se sensibilizó con la frescura y el dulzor de las frutas su naturaleza roqueña. Y el vino puro, dijo en su sangre virgen, el secreto eterno: ¡Amor!

La historia no fué más que la fascinación ligera. Vísperas, todo promesa, todo encantamiento; traspaso, el desprecio, las cenizas.

Y de nuevo fué, peregrina como antes del desamparo ahora de la injusticia, a amparar en el vientre de la viña grande, como en una madre, su destino...

Desvelaba apasionadamente la eminencia científica de los sabios comarcanos, a la vez, un juicio heráldico. Tenían cortado, ante sus ánimos iguales, el atlas del continente, en blasón comparativo. Dos campos en pal, figuraban de azul y gules dos países, partidos por briosa angelada banda de plata. De diana subía el sol en un canto de oro. Del trascol, el desierto del mar. Sobre los timbres de la banda argente, las águilas custodias guardaban el tesoro de sus progenies inaccesibles, sobre edades e infinitos. La desidencia era: ¿Pertenecían las águilas al sol o al mar?

De este lado la riqueza jocundaba la vida. El chorro de mosto capitoso urdía el riacho de cien ubres inextinguibles. Tributaba el espíritu de las parras en la sangre de los hombres. Y parecía atraerlos, él, prodigiosamente, a besar la tierra madre y baja. Todo lo positivo era de la parte sol. Y traspuesto el espinazo de plata: solo y único: el más allá abierto, sin fin las olas y los cielos, enajenadores de alas fornidas... ¿De cuyo eran las águilas? ¿Natales o extranjerías?

Desaparecidos los ebrios de la bacanal, esfumado el ambiente alucinante, la inocencia rústica aureoló, con unción de leyenda, el episodio de la forastera. La vieron salir de las viñas con el milagro del hijo. Sólo recordaban que llegó un día estragada a festivos de vendimias, que bebió en el póculo de todos los mancebos. Y que el sino la perdió después en las espesuras clementes. Se dijeron:

—Vino del más allá peregrina. Ignora quién es, cómo ha llegado a las tierras del sol. En el viaje desamparado concertó sin duda (es evidente) amores con los reyes de las cumbres. Es una enviada del mar. Su hijo es...

No se atrevieron a decirlo. Pero le bautizaron con alusivo nombre: Aguilucho. Entonces, como una flor sacra hurtada al tallo, puesta en el vaso cristalino del entendimiento para la admiración común, ella marchitó al atardecer de su celebración, feneció. Y la leyenda hinchó con sugestiva seguridad las viñas, traspuso límites, rodó por la redondez del universo. Y al volver en la esférica resonancia, llegó recién a las orejas de los sabios.

Y salidos de los recintos venerables del estudio, fueron en corporación amburbial, descreídas las canas cabezas, tras música de caramillos y vihuelas con que los precedían los viñadores. Lo hallaron a la sombra de

las enramadas cuantiosas. Era ya un adolescente o proveyo, vago ejemplar de tribu, afine, en la insensencia de sus días, a dioses remotos. Hablaba mal y sólo para responder. No sabía de nada. En compensación, reía, con gracia ignota de gioconda, diáfano sentimiento de arte humano...

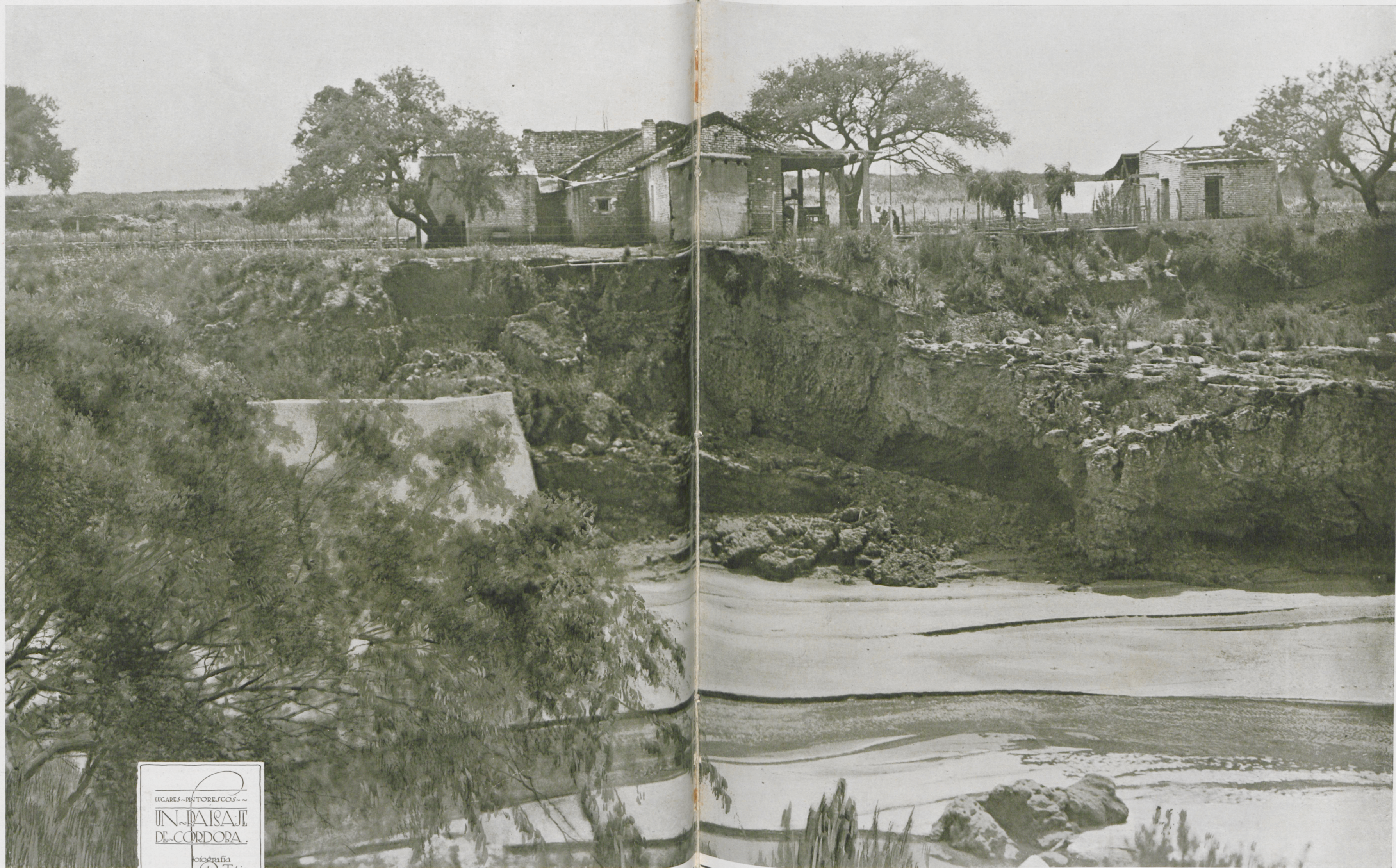
Los sabios escrutaron hito a hito sus facciones. Reflejaba el florecimiento de sensibilidades, augurio de frutas, en su rostro que era un gromón contorsionado de cascos anulares, como una copa involucre, al tope de un sarmiento. En los iris de los ojos profusaba el fulgor violáceo obscuro de las uvas dulces. Y su boca filosa, imaginaba un pico de metal, paradójicamente benigno.

Pero bajo la capa de este exterior exulto, arcano adentro: ardía la sensación honda de lo impenetrable, el alma recóndita del mar que impelia con alientos de alas fuertes las expresiones...

De la meditación y del asombro, el eclipse mental de los sabios, alumbró a través de la leyenda y del original, una definición viva sobre el abstracto de la ciencia. ¡Las águilas eran del sol y del mar! ¡Por qué las águilas eran dones del eterno Amor; y Bellezas del supremo infinito!

JUSTINO DE GONZALO.

ÓLEO DE LAIR ESTRELLA.



LUGARES PINTORESCOS
UN PAISAJE
DE CORDOBA



Fotografía
de Tobia



A N O R A N Z A S



Hacia ti vuelvo los ojos; a la mitad del camino de mi vida, antes de bajar la cumbre. Hacia ti vuelvo mi alma, vetusta y amada ciudad donde yo nací, recostada en la montaña a cinco leguas del mar, sonora de canciones, aromada de pomares.

Rotunda, lenta y lejana la campana de la Catedral llama al Coro al oficio divino de las vísperas.

A esta hora tórnase cantarina mi ciudad; cada ventana tiene su cantar, cada casa lanza sus canciones al espacio, de donde caen mezcladas en nuestro corazón dejándole un fermento de suave melancolía. En todos los obradores de modistas, costureras, sombrereras y planchadoras, cantan coros de voces pubescentes los amores perdidos, la despedida triste, la ausencia larga.

Ebanistas, alfayates, herreros y mamposeros, ensamblan, cosen, baten y clavan al compás de cantos en que se loa la fuerza de valentía, las vaquerías de la Alzada y el buen vino de Castilla.

En mesones y paradores mientras los véceros ingurgitan y trasiegan, agotado el repertorio de Riberinas, Serranas, Carreteras y Vaquerías, Pravianas y Quintaneras en-

tona un cantor, al son del *Alta la lleva*, la fanfarrona canción de la provincia:

Camino de Castilla
Ya no va nadie...
¡Sólo el polvo de nieve
Que barre el aire!

En la plaza, la giraldira de las niñas canta romances antiguos, los mismos que antaño cantaron en su niñez nuestras madres, nuestras abuelas.

...El Romance de la Blanca Niña... la Princesa Delgadina... Gerineido... Doña Enxendra.

Y el encantador y moderno de aquella Reina Mercedes, que cuatro duques llevaban por las calles de Madrid. De todas partes salen cantos: de cuarteles y de hospicios, de cárceles y hospitales.

En la Catedral Basílica la húmeda penumbra del coro, salpicada de polícromos reflejos de vidrieras, se llena de los graves salmodios canónicos, mientras estridentes como clangores suben hasta el crucero las voces de los niños de coro entonando el Oficio Divino de Vísperas.

TEXTO Y DIBUJOS DE SIRIO.



CON EL DOCTOR MAGNASCO

POLITICA Y LITERATURA NACIONAL

Hace algunos días, visitando al doctor Osvaldo Magnasco, eminente ciudadano argentino que, consagrado a su estudio de jurisconsulto, vive aureolado por diez y ocho años de retiro y silencio, pensaba yo en la crisis actual de nuestra política interna y en la ausencia de inteligencias superiores, de caracteres de cuño patricio, que se nota en el escenario de la vida nacional...

Conversábamos de hombres y cosas, del pasado y del presente; el doctor Magnasco, en cuya austeridad y extraordinario talento subsiste la herencia moral de nuestras grandes figuras republicanas, definíame con palabra conceptuosa y elocuente ciertos acontecimientos del período de la organización argentina... Y yo, entretanto, mentalmente, hacíame un balance retrospectivo de su biografía.

Imaginábale diputado nacional a los 25 años, el 90, estremeciendo con sus magistrales catilinas aquel recinto donde tomaban asiento las más ilustres figuras parlamentarias de la época; veíale constituyendo con su oratoria formidable la sombra obsesora del Alcibíades de la política argentina, el doctor Manuel Quintana; me lo representaba en su memorable cátedra de derecho romano, exponiendo ante sus alumnos, con la autoridad de un Gibbon, de un Crevier, de un Walter Moyle, de un Mispoulet, el panorama histórico y filosófico y la vida institucional de Roma antigua; admirábale, en seguida, en el cultivo de los clásicos latinos, traduciendo, con más perfección que los maestros italianos, a Horacio, Virgilio, Ovidio, Lucano, Lucrecio, Tibulo, Propertio, Catulo, Juvenal y el *Perigilium Veneris*, de autor desconocido; escribiendo un trabajo en que negara carácter científico a la Filosofía, y refutando en otro las teorías de Lombroso en su *L'uomo delinquente*; y después legislando sobre los códigos de comercio y penal, dando lecciones de derecho internacional y constitucional, haciendo reformas legislativas y administrativas, interviniendo en las controversias políticas e internacionales, dirigiendo los ferrocarriles del país, organizando la justicia militar, redactando los códigos del Ejército, fundando los consejos de guerra y asesorando, como letrado, al Tribunal Supremo; y más tarde triunfando decisivamente en el célebre litigio con Chile, llamado *Cuestión del Norte*, trazando la línea de las altas cumbres, en medio de personalidades como Mitre, Roca, Uriburu, sobre los propios documentos chilenos, en oposición a las pretensiones de don Diego Barros Arana; y por último, en su fundamental y completa obra ministerial, de educación y justicia, durante el segundo gobierno del general Roca... Luego, confundiendo a sus detractores en su última aparición en el Congreso, fulminando la calumnia plebeya de los mediocres, y retirándose, dignamente, a la vida privada, para entregarse a la profesión y a la ciencia del Derecho...

¿Cómo, me dije entonces, el pueblo, que suele tener instantes de lucidez repentina, no ha hecho llegar aún su clamor, no ha venido en masa, hasta las puertas de este ciudadano excepcional, para pedirle su nombre y levantarlo como una bandera de combate en las horas de marasmo y desconfianza cívica?...

Arriesgué una pregunta extemporánea: —¿Cuál es su filiación dentro de la actualidad política, doctor?

— Estoy deliberada y completamente alejado de ella, — me respondió el doctor Magnasco. — He dicho ya en distintas ocasiones que no puedo volver a la actuación de esa clase, y la resolución, que hice al abandonar el ministerio, fué para cumplirla y no para quebrantarla. Son razones personales las que me obligaron a adoptarla y desde entonces me veo forzado a dar penosas negativas a las frecuentes solicitudes que vengo recibiendo desde que dejé ese ministerio. Todo ello no me impide manifestarle que mi mayor deseo cívico es y ha sido siempre, ver

Roca, la integración territorial de la República; Don Torcuato de Alvear, el espíritu urbano de civilización, etc. Pero, nadie es como Mitre un ejemplo. En todo: como ciudadano, como hombre de gobierno y de partido, como dueño de las más extensas ideas generales, como inteligencia flexible y de genial adaptabilidad, como amor al saber, como *self made man*, y como energía intelectual y sobre todo moral. Ningún hombre, en toda la amplitud de nuestra historia, ha podido sostener su prestigio tan largamente como él. Eso es un signo de su positiva grandeza.



constituido y organizado un gran partido político, como lo quería Mitre y se había propuesto Avellaneda. Tarda en venir ese gran progreso nacional.

Cambié el curso de la conversación, y en el deseo siempre de obtener declaraciones importantes, le pregunté:

—¿Por cuál de los argentinos ilustres del último cuarto de siglo siente usted más admiración y cariño?

— Entre los más grandes, ninguno ofrece un conjunto más realmente digno de imitación que Mitre. Pienso que todavía no se le ha estudiado bien, sobre todo en la firmeza inalterada de su conducta con relación a los principios que eligió como norma de su vida pública. No hay un solo acto de él que no responda a ellos, desde el sitio de Montevideo a su postrer fulminación contra los adoradores de Caxias. Hay otros que, actuando en su tiempo, han llevado a cabo actos aislados de incomparable magnitud y trascendencia: Urquiza, Caseros y la Constitución; Alberdi, el ambiente científico constitucional; Vélez, la consolidación del derecho civil argentino; Sarmiento, la educación popular; Avellaneda, la capital definitiva;

También tuve gran cariño por don José Manuel Estrada — tipo de patriarca — cuyo curso de Instrucción Cívica debiera ser leído siempre por los argentinos.

Continuamos hablando de distintas cosas, algunas sin mayor importancia. Ayudado por un giro de la plática, traté nuevamente de sondear las opiniones del doctor Magnasco sobre un tema interesante: nuestra literatura.

— Muy delicado es el asunto, — me dijo.

— Ya sabe usted aquello de *genus irritabile vatum*, de Horacio. Yo pienso que no hay por el momento verdadera literatura nacional, a no ser en transición, aun cuando haya producción literaria, y con exceso, muy buena en parte. Creo que su más perceptible deficiencia está, en general, en la falta de solidez. De ahí que las obras y trabajos que se dan a la publicidad tengan, como es notorio, una vida efímera. Acaso nos sobre la predisposición y aún el genio, pero nos falta la escuela y las severas disciplinas que ella impone. Y, como siempre me gusta invocar el pasado, lea usted otra vez el *Pro Archyas*, de Cicerón, y recordará cuánto exigía el eximio maestro para ser un hombre de letras de verdad. Lo que hace falta, pues,

es el carril, el cauce y, sin duda, el filtro. Usted me pide que le cite nombres propios. Tarea enojosa por lo que ya le dije con Horacio y porque en una conversación como ésta, ¡cuánta omisión podría afectar de injusticia el recuerdo! Bunge es, en mi sentir, una de las más vigorosas mentalidades de actualidad; Lugones, el temperamento más genial, es asombrosa su imaginación, tanto que el freno que le pone no le basta; *«La Gloria de Don Ramiro»* ofrece exquisitos pulimientos; pero, ¿es obra nacional nada más que porque sea de Larreta? Joaquín González, a

parte de sus demás conocidas condiciones, es un escritor: bien se notan en él los frutos de su perseverancia literaria disciplinada y firme; de Rojas habrá que decir todavía muchas cosas buenas; número de importancia es Ingenieros; pero, ¿no lo encuentra usted algo movido y a veces contradictorio? Pero en todo ello — y acaso defecto de ambiente — ¿cuál es la figura genuinamente literaria comparable, por ejemplo, con la de Miguel Cané? ¿Dónde está, en los últimos lustros, la producción que viva y perdure como la de Obligado? ¿Quién, en la actualidad tiene el extenso e íntimo conocimiento de la literatura de la madre patria como Oyuela? Y sobre todo, ¿por qué han sido olvidadas las letras clásicas de Francia, España e Italia? ¿O se puede creer que el conjunto de la producción literaria moderna vale lo que la precedente como modelo de inspiración, de arte y por consiguiente como factor educativo o de superior cultura? Estimo que el más sensible defecto de las sociedades modernas en general y especialmente en lo literario, está en el exceso de emancipación respecto del pasado, cuando bien sabido tenemos que no lo hemos proseguido o sustituido siempre con ventaja ni siquiera con paridad en muchas cosas fundamentales. En letras y filosofía, al menos. Y no hablemos de política y de moral. La universal subalternización es notoria. Esperemos, sin embargo, nuevos como somos, que la profunda y prolongada conmoción actual nos vuelva la vista hacia arriba, hacia los ideales, oscurecidos por las doctrinas utilitarias con las que algunas naciones de Europa tienen envenenado al mundo desde

antes de mediados del pasado siglo y, entonces, operada la reacción franca a favor de las cosas del espíritu, hemos de volver a dar a la inteligencia su ambiente propio y panoramas análogos a los que tuvo en las épocas que, hoy más que nunca, podemos llamar con el nombre histórico de «edades de oro», al menos de la literatura, de la filosofía y de la ciencia. Pero, hoy por hoy, ¿qué puede esperarse de inmediato? Lo único: que Dios nos dé a nosotros y a nuestros hijos inmensa paciencia...

La mirada del doctor Magnasco pareció nublarse ligeramente; y mientras yo adivinaba en su espíritu la íntima ansiedad patriótica de los ciudadanos superiores, él me extendió su mano, con un silencio significativo...

Y yo creí entrever en ese silencio aquella frase de Norman Macleod, cuando realizaba su gran propaganda moral en la baronía de Glasgow: — *«¡Necesitamos hombres, realmente! ¡Pero no sus libros o su dinero o su popularidad, sino a ellos mismos!»*

JULIÁN DE CHARRAS,

¿Cómo habría yo de hacer, mi distinguido lector, para darte idea clara, bacteriológicamente pura, de toda pureza, del gozoso estado anímico en que se hallaba el simpático Alejandro Cuzcurrita, lo que salió, vez pasada, del conocido negocio de calzados *dernier cri*, «La Patagonia paqueta» (la casa, como sabés, carece de sucursales), con los pies pavimentados por una soberbia yunta de caminantes morrudos, de los del 43... aunque no sabré decirte si armados o por armar?

Ya podés ir maliciando que en fija me empacaré, encajado hasta la pértiga en el espeso barrial de mi penuria lingüística, si no viniera en mi auxilio como brioso cadenero el clisé de una paráfrasis consagrada por el uso, y que vale, según cálculos, no procedentes del hígado, más que un París y una misa (dicho sea con licencia de don Enrique el biarnés). Con decirte que el mocito del que te estoy conversando, iba en aquella ocasión *«más garifo que pebe-te calzando zapatos nuevos»*, nos habremos entendido. ¿Verdad que te has enterado? Bien, pues ¡a volar, que hay chinchies!

Tiene mi comparación todas las características de una fijotac clavada: a pesar de que Alejandro (te ruego no confundirle con su homónimo el de Grecia, por mal nombre el *Macedonio*) estaba haciéndose un hombre, parecía adolescente por su carácter sencillo, y para más semejanza llevaba botines nuevos, acabados de estrenar.

Dos elementos cinchaban en su estado psicológico: uno, la satisfacción inefable y voluptuosa que todo bipedo implume siente viéndose jallaiife. Ese interior regodeo, hinchazón del individuo, es un secreto placer, que no precisa de nadie para completarlo su espasmo, ni requiere otra opinión que la del sujeto mismo, la cual es siempre optimista, como puede suponerse. ¡Qué más! hasta los salvajes, que nada tienen de implumes (pues cada uno es un plumero, por los chiches que se pone) sienten el escalofrío de la vanidad suntuaria... ¡Qué gozo el que experimentan, lo que se ven bien pilchados y miran con embeleso todo cuanto firulete valoriza su persona... si es que persona y salvaje no rabian de verse juntos! Humboldt, que fué otro Alejandro (pues no te hablo de Guillermo, que fué más metido en casa) cuenta haber visto a unos indios, orillas del Orinoco, en momentos de una lluvia torrencial y embromadora, tiritando en cueros vivos bajo el flagelo del agua, y escondiendo cuidadosos, para que no se mojasen, los indumentos ridículos con que saben darse corte aquellos pobres otarios. ¡Qué sacrificios impone el afán de hacerse ver!

Adelante con la música, que estamos perdiendo el tiempo en cuestiones de detalle: era la otra media arroba del júbilo de mi hombre, un goce más complicado por lo torcido y avieso; consistía en el placer de dar envidia a los otros. ¿Te has dado cuenta? ¡La envidia ese infame torcedor, que definió San Jerónimo con una acertada jefé «tristeza del bien ajeno...» (Medio diablo el santo, ¿no?)

Aura conviene informarte que el amigo Cuzcurrita, quien como he dicho se hallaba «en el florido verdor de sus lozanos abriles», que dijera Moratín (no Liandro, don Nicolás) iba para matasanos; y ya en el año segundo de su alevosa carrera, dragoniaba de galeno, estando de practicante en uno de los albergues clínicos más progresistas, capaces y bien cuidados, de esta metrópoli ingente, que debiera ser mentada «urbe de los nosocomios».

Si cuando París abrió su hermoso Lariboisiere, que es un hospital... así (al decir esto procede mostrar el puño cerrado) la gente entró a bautizarle «el Versailles del dolor» ¿qué diríamos acá, donde existen a docenas esa clase de Versailles... pero sin fuentes, pues ya no se estilan, como antaño, en la piel de los enfermos?

Como en todos los asilos donde se hacen enseñanzas médico-quirurgo-obstétricas, los pichones de doctor vivían en internado numeroso y bochinchero, donde además de estudiar a contrapunto y de firme, sabía pasarse el rato.

Con tan inocente objeto, se hacían atrocidades de aquellas que en criollo puro se saben llamar *burradas*: sin gran malicia, eso sí; pero, a las veces, terribles para quien pagaba el gasto de la vidriería rota.

Volvamos a nuestro cuento, que otra vez nos hemos ido distanciando del asunto, médula de este palique. Caminaba Cuzcurrita, compadriando jallaiifón, rumbo al cercano hospital, bien convencido de ser el héroe de la jornada y blanco, pivote o eje de todos los comentarios de aquella orden del día. Siempre las conversaciones, a las horas de comer, giraban alrededor de tópicos per-



sonales, cuando no de batatazos de las últimas carreras... con exclusión de la de ellos (aludo a la medicina) que ni siquiera mentaban, por ser asunto aburrido, sin rinde de amenidades ni margen de hilaridad; y por sabido se calla que hay que morirse de risa, de vez en cuando en el mundo, si es que se quiere vivir con la gente y en forma, para que el *metabolismo* (barajá ese trompo en la uña) se opere armónicamente, en aras de la salud.

En la eucarística mesa donde la «Asistencia Pública» era la sacerdotisa, sabía hablarse de juegos y, sobre todo, de damas, que divierten a los jóvenes tanto o más que el ajedrez. También se charlaba mucho sobre el tiatro nacional y del rico tipo Farra, popularísimo actor, cuyas sabrosas morcillas repetían los muchachos, a poco que las probasen.

Después de agotar el tema de los estrenos artísticos, la barullenta reunión descendía sin escrúpulos hasta los indumentarios; y cuanto prenda nueva, cáia a aquel foco de bulla, era motivo de autopsia o de fiera disección, para poner en ridículo al mortal que la llevase. Por eso es que Cuzcurrita palpitaba satisfecho (el ser humano es así; la cuestión es que hablen de él, aun mismo para farriarlo) su próxima y garantida victoria zapateril; pues su flamante calzado era la prima obra maestra de un buen maestro de obra prima, sobresaliente en su género (y ese sí que no destiñe.)

Para mejor, los botines eran de esos artefactos que al caminar proporcionan audiciones musicales, chillonas, pero baratas. Los sonoros instrumentos gritaban a toda orquesta, igual que si les cueríasen sin darlos el cloroformo. ¡Qué monada de calzado, sin letra, pero con música! Y, ¿cómo no iba a obtener una recepción graciosa, abundante de agachadas y de frases con disfraz, cuando todos los muchachos, ocurentes y chichones, eran argentinos netos?

Aun más criollos que el zapallo, no lo eran por el linaje: si una voz, desde la puerta gritara con un «¡che, gringo!» — de juro que todos ellos, al oírlo hubiesen dado vuelta, allí no más, el mate, por creer que les aludían; ya que los progenitores de todos habían sido, el que no italiano, ruso... o de quién sabe de cuál de los países de la Uropa? Y sin embargo, ¡qué idénticos eran por la ley de ambiente, restrictiva y soberana! ¡Qué poder irresistible el del ejemplo continuo, la sugestión permanente, el contagio sempiterno y la rutina incansable... pero siempre cansadora! Pues malgrado provenir de tan distinto abolengo geográfico y racial, todos aquellos muchachos podían ser reducidos a un único e invariable «común denominador», al decir que eran *porteños*...

¡Mama mía, qué bochinche de aullidos y de risadas, el que se armó, lo que vieron asomar por el dintel a su colega Alejandro, y sonó la cantilena del calzado musical! Cuantos ruidos guturales pueden cacharse en el Zóo, como medios expresivos de una fauna enloquecida, rasgaron con estridencias insoportables la atmósfera, alborotada atrocemente por aquel «fideo fino».

Una vez apaciguado el batifondo inicial, y en cuanto se pasó del grito medio salvaje a la voz articulada, llovieron las alusiones más o menos encubiertas; pero en vez

de improvisar gracias de nueva invención, echaron mano a la usina de los chistes más usuales, de ingenuidad infantil y arrabalero formato: y hubo lo de — «¡si ha venido casi a patacón por cuadrado!» — y lo de — «¡qué votaciones más morradas van a haber!» — y aquello de — «¡le estoy viendo las patitas a la sota!» — y lo de — «¡aurita han subido la yerba a dos patacones...!» — y otra runfla de zoncercas sin lógica ni sentido, pero llenas de intención, pues el juguito estribaba en proferir expresiones donde sonasen los pies... o el calzado... ¡como si éste no sonara lo bastante por su propia iniciativa!

Pronto se vió en el tapete la magna cuestión del precio: — «¿Cuánto valía la yunta de fonógrafos pedestres, con el disco que llevaban?» Y al oír aquellos gritones que el retobo de los pies le costó al buen Alejandro el escandaloso importe de 25 mangrullas, ¡no fué ruido el que se armó, ni gruesas las palabrotas que se oyeron con motivo (mejor fuera con pretexto) de motivo tan banal! ¡Qué manera de poner al desgraciado colega de mulita y de tilingo, de chapetón y de zonzol...! ¡Y qué cosas se dijeron, que no puedo transcribir, por respeto a la decencia y a las señoras madres...! pues tampoco Cuzcurrita era de los que se callan!...

Creció el tumulto otra vez a cuenta de aquel inciso, y la atrevida patota hizo otra nueva emisión de improperios y diatribas; pero el insigne Alejandro, que nunca se abatataba por oír ruidos en lo oscuro, ni jamás le entró jabón por bultos que se meniasen, determinó poner fin a la avalancha de voces o malón parlamentario con el que aquellos trompetas le estaban jorobandito. Los atropelló a su turno, y se les fué a los cañones, llevándolos un ataque definitivo y triunfal, con un argumento macho, capaz de imponer silencio a la indiada más gritona. ¿Qué fué lo que hizo? Decir lo que en la zapatería se le había dicho a él, lo que se probó el artículo: con lo que tapó las bocas de todos, diciendoles que los dichosos botines eran un poco salados (pero nada más que un poco) por ser de cuero... ¡de budra!...

¿Querás creer, lector amigo, que aquel fué santo remedio para cerrojar los labios de los que recién gritaban? Pues nada más natural que semejante secuela de una lógica de plomo. ¿Acaso sabía nadie lo que *budra* significa?

El desconcierto causado por aquella afirmación tan inaudita y exótica, fué de los que no se empañan. ¡Natural! si no sabían qué clase de animalito llevaba un nombre tan raro, la alegación era inútil, por no decir imposible... Lo mejor y lo más cómodo era llamarse a silencio, como decimos acá. ¡Ay! la ignorancia es así; cuando la atropellan fiero (vale decir, de hacha y tiza) retrocede para atrás, batiéndose en retirada, o alza los brazos en alto y se entrega sin más trámite, por la diagonal más corta. ¡Cuero de budra! ¡Gran perral! ¿Qué quería decir eso? Cuero de... vaya unos nombres que usan ciertos animales, cuya piel va a la curtiembre y nadie sabe dónde andan ni cómo es que hay que cazarlos!

¡Se acabó el peso de velas! quiero decir, se acabaron la alegría y la jarana, lo que cayó aquella bomba cuyo estallido produjo un pánico tan atroz. Aun los más empecinados

y más alborotadores bajaron, no más, la prima de su ruidoso titeo, metiendo violín en bolsa y viendo de disparar como rata por tirante, por no verse en figurillas ni exponerse a un papelón.

En tan ingrata emergencia, los más vivos muñequiaron torcer el tema a tratarse; y tres minutos después, no se hablaba de botines ni de patas ni de cosas atingentes a la budra. ¿Qué diablos sería eso?

Por rara que te parezca la cosa, caro lector, en lo menos cuatro días no se habló más del asunto, que continuó sepultado en el pantión del olvido (altro que olvido ¡chirrolas!) sin que nadie lo exhumase, maliciando que tendrían que tomarle mal olor, propio de carne pasada o que anda ya por pasarse.

¿Cómo explicar el silencio que pesado se cernía en torno al arduo problema? Pues, nada, que los muchachos querían documentarse, antes que se suscitara nuevamente el raro tópico: quien, rumbiaba diccionarios de los más enciclopédicos, ya en las bibliotecas públicas o en la de la Facultad: quien, hojiaba zologías, pero de tan gran formato que precisaría ser todo un *tenedor de libros* para hojiarlas a su gusto: quien, no siendo tan prolijo, o teniéndose más fe (cosa propia de haraganes) prefería discurrir en vez de consultar textos.

Y al buscar voces análogas que pudieran orientarlo, se acordaba de los *sudras*, canalla que allá en la India, de que habla la historia vieja, cuando estaba dividida la sociedad en patotas, castas o cosas así, era «la última camada de la estiba de la gente» (como dijera del Campo en su poema inimitable). Y se acordaba también de que unos trigonocéfalos sumamente ponzoñosos, que matan gente por lujo (diez mil cristianos anuales, más o menos, según diceses) saben ser llamados *cobras*. A su memoria acudía, asimismo, que en Brasil (la república vecina, no la calle donde vive nuestro Presidente actual) le dicen *bobra* al zapallo...

Todo eso daba a entender lo posible de la budra, por lo fiel del parecido fonético y casi gráfico, de afijos y desinencias; pero... ¿qué se saca de ahí?

En materia de lenguaje, ¿sirve para algo la lógica?

El problema era un misterio tan enredado en las cuartas, que no lo descifraría ni Don Edipo en persona (con ser que era tan muñeca para cuestión de acertijos) y los investigadores estaban fulos de rabia, frente a caso tan difícil, cuando un buen día Currita (así decían sus íntimos) se dignó solucionarlo. Con su natural pachorra se comió a hablar, diciendo lo que aura copio yo acá, según versión taquigráfica de un baquiano en escribir rápido como automóvil.

Lo que se compuso el pecho, el impagable Alejandro se expidió de este tenor, sin ninguna enmendadura:

— Supongo que ya, a estas horas, se habrán convencido ustedes de que si la budra existe, ni a Cuvier ni al mismo Darwin les fué nunca presentada bajo tan extraño rubro: pero yo la llamé así, usando un ardid polémico y obrando en defensa propia, al ver que ustedes querían tomarme para el churrete; y a mí no me embroma un fiato por más narices que tenga... Y no falté a la verdad; porque el mismo zapatero me lo dijo como yo lo dije los otros días. Lo que hay es que el industrial (que es paisano del Vesubio) cada que habla nuestro idioma, es, el pobre, más cerrado que el banco a las tres y pico: total que al yo preguntarle que cuál cuero había empleado para hacer estos botines, me dijo que son de budra... queriendo decir... ¡de potrol...! ¿De qué se rien? ¿Se rien que les estoy macaniando? ¿Es alguna novedad lo bien que todos los gringos estropean nuestro idioma?... Vean: cierto calabrés me dijo los otros días que era vicepresidente de «La Gosomopoleda». ¿Saben qué quiso decirme? pues de «La Cosmopolita», sociedad de... no sé qué. ¿Qué me cuentan de los vascos? No hace mucho, a un tal Silvestre, fracturado de mi sala, vino a verlo un primo de él, que preguntó... ¿a qué no saben por quién? pues por *Chilivistol*... ¿Y qué me dicen del modo de pronunciar los ingleses?... ¡Sí, que vamos a hacer patria y a conservar el idioma en su condición normal, con gentecita como esa que al potro le llama budra!...

¿Precisaré hablar aquí de la penosa impresión de contraste y de ridículo que causó el buen Cuzcurrita entre aquellas bravas gentes, que se habían roto el alma revolviendo diccionarios y algunos otros libretos, sólo porque un zapatero compatriota del Vesubio, se los había fumado gracias a su media lengua? No me parece, ¿verdad?)



Arte
fotográfico.

Después
de la
tormenta



EL · LAGO
ESTA · AZUL



UN · CAMINO
OLVIDADO



...Ese laguito de cromo, donde se alinean semicircularmente, bordeándole, una fila uniforme de sauces meditativos.

Dos islas interrumpen su regularidad... y a veces quiebra la tersura de su límpido espejo la quilla inquieta de un bote mecánico que pasa trepidando...

En la margen del lago, sentados entre la hierba alta y fresca, dos enamorados se abandonan las manos en un dulce olvido de todo...

El agua que copia sus figuras, las mece, las hace bailotear, hasta confundirlas en una mancha polícroma.

Hay una palpitación de alma en el silencio propicio de la tarde, que, suavemente, se dora de sol...

Es una senda clara, a cuyos bordes, una cenefa verde multicoloreada de florecillas, corre paralela. ¿Quién sabe por qué motivo se han olvidado las parejas de animarle con su presencia?

Así, sin nadie, semeja un lienzo, simple y bello, con sus palmeras nuevas, que mecen sus abanicos incipientes y con el fondo decorativo de los esbeltos eucaliptus, sombríos en su obscuro azul de Prusia. Más lejos el cielo sereno esfumina la poesía y la tristeza de un viejo jardín abandonado — oh, alma suavísima de Juan Ramón Jiménez, — he pensado en pálidas novias lejanas y en las noches nupciales en que la luna ha de repujar con su celeste plata de misterio y alquimia, el camino, las plantas, los árboles!...



La PEQUEÑA DESCONOCIDA

POR

Victor Andrés



¿Cómo será el nombre de esta niñita rubia que se nos muestra en el candor de los primeros años? ¿Cuáles serán sus gustos, sus inclinaciones, sus necesidades? No es indispensable saberlo. Aquí, frente a frente, tenemos su retrato; la mano del artista nos ha dado una impresión de su imagen, construyendo con el pincel y los colores algo más que la figura, algo más que la transparencia de la carne y el tono de las telas, algo más que el fiel parecido de su carita nacarada y suave. En la armonía de la composición, por encima de los matices y de los contornos azulinos y blancos, se transparenta, se desprende el juvenil encanto de la vida. ¿Qué delectación espontánea nos invade mientras contemplamos esta graciosa muñequita de carne? Y sobre todo, ¿qué ideas nos sugiere su vista? Aquí la tenemos abandonada a nuestra curiosidad.

Ahora no hay peligro de que se turben sus pupilas, ni de que escape a la observación con que miramos sus facciones. La carita de ángel, los ojos celestes, de un celeste marino, las cejas finamente arqueadas, el gesto de ingenua picardía, y los labios, los labios rojos y húmedos como la granada, naturalmente dibujados con una sonrisa encantadora. Sus cabellos rubios, ondulados, sedosos, recórtanse sobre la nuca al modo elegante de los antiguos pajecillos de Corte. Nuestra pequeña desconocida, ha debido comprender sin duda la transcendental importancia de poderse contemplar a sí misma; acaso habrá adivinado ya el poder atractivo de la belleza, y acaso también, al escuchar las palabras usuales en el elogio de las obras artísticas, habrá sentido en su alma, con la intuición de las inteligencias infantiles, el femenino halago de la coquetería. Gracias al arte del pintor, su niñez no será ya en la vida un estado de tránsito; siempre quedará la obra como una supervivencia, como una afirmación, como un recuerdo de la primera edad.

Nuestra pequeña desconocida vivirá hoy en una casa moderna, limpia, confortable. La habitación en donde duerma, estará decorada con un friso de papel donde aparezcan grotescos monigotes de leyenda infantil. Las paredes serán blancas y lisas. Una ventana dejará ver la lejanía de la ciudad con sus calles rectas, sus plazas cuadradas y arboladas, sus rascacielos, sus cúpulas, sus frondosos

jardines. Más lejos, semiborrado en la distancia, podrá descubrirse también la mancha cenicienta del río, con su doble hilera de boyas que marcan los caminos del mundo. En cada rincón del dormitorio habrá juguetes de distintas formas y tamaños; la pequeña desconocida tendrá un caballo de cartón para pasear a la muñeca, y un elefante de bayeta con la trompa larga, muy larga, y los ojos vidriados y saltones; igualmente tendrá un bebé gordo y mofletudo, y una casita de madera, y una cocinita, y un piano que sonará como las guitarras, y una muñeca grande como ella, que ha de ser su orgullo de insignificante madrecita. En las tardes de sol, en estas tardes alegres y primaverales, acaso la encontremos alguna vez por el rosedal de Palermo, en la plaza de San Martín o en alguno de esos parques donde los niños tienen sus diversiones y recreos. Allí será de ver el entusiasmo de nuestra heroína, cuando se ponga a pasear en las calesitas o juegue a cualquier cosa con sus amiguitas del momento. Entonces será el reír y el correr de un lado para otro, y el ensuciarse los vestidos, y el ponerse encendida como una rosa al ser descubierta por el aya, cuya figura se recortará un poco distante con los ropajes grises y el tocado a lo María Stuart. Esta misma mujer será luego la que se siente en la mesa junto a ella, y la que más tarde le ayude a desnudarse, y la que pondrá la muñeca a su lado para que duerma, y la que, mientras duer-

me o no, le contará el cuento aquel del dragón y la princesa, y el triste de la Caperucita y aquel otro de las tres toronjas de oro.

Viendo el retrato de la pequeña desconocida, pensamos también en que no siempre será lo mismo, sino que con los años vendrán los juegos felices del amor, y vendrá la admiración a su belleza, y la organización del hogar, y tantas otras cosas que constituyen la vulgar historia de todos los que cruzamos por la vida; y, lo que es peor, llegará el día de la segunda juventud, y pasará ésta, porque nada humano es eterno, y entonces nuestra heroína será una viejecita elegante, con todo el pelo blanco, con la cara llena de bondad y ternura, pero quizás imperceptiblemente turbada por la huella de algún imborrable pesar; acaso sea entonces cuando vea en su mismo retrato la transformación del espíritu, y piense que el perfecto estado de la felicidad es este de la infancia, que pasa a través del recuerdo, después de tantos años, como una dorada ilusión...

ÓLEO DE CENTURIÓN.



DESARROLLO



Guardan un signo grato, un sentimiento de paz, las rejas antiguas. Parecen el sello de los hogares clásicos, que significaron al viandante de otrora, la hospitalidad patrimonial, como enredada en sus hierros con letras encendidas de guías y flores. Contraposición de lar a los señorios de cuños fundadores, que grababan en la piedra rústica y agresiva allá en Iberia sus blasones, para significarle al caminante, la majestad de la estirpe. Más homérico el modal, copia plebeya en tierras de conquista, las rejas amables, transplantadas visionalmente de las Andalucías, pusieron sobre las calles tiradas a cordel, para todos, con el aporte filial de los pájaros, la abierta luz de una sonrisa humana.

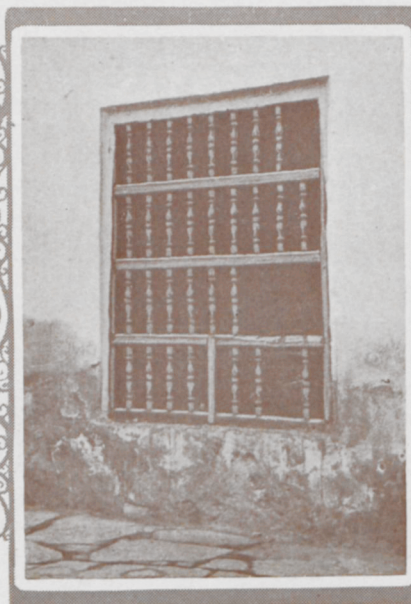
Son una página escrita sobre los tiempos. Toda el alma del pasado parece palpar en ellas. En su cuadrante de claridad tibia y fragante, fuera sin duda más hermoso el cielo, y más lindas contempladas las mujeres. Bajo ellas, en el sereno de las noches, debieron desfilar las rondas galantes, los trasnochadores del amor, sensibles como los poetas



pobres al numen del silencio y de los rocíos. La serenata trasuntó a su vista transfigurado el altar de la naturaleza. Y tal vez una flor, volteándose en el aire como una estrella secreta, cayó de una mano blanca y trémula sobre el pecho de un trovador, arrancándole a la guitarra pulsada el sonido armonioso de un beso...

A lo largo de la calle obscura oscilaba el rayón luminoso de la linterna del sereno, horario y aneroide parlante, armado de lanza y capucha, canturiando la metódica consigna: «Las doce dando, y buen tiempo». Y en el pecho del galán alentaba, con ello, más fuerte la futura conquista de la vida. El consentimiento de las estrellas era alta bendición sobre las esperanzas, fruto de las rejas.

Y fueron también tablas heroicas. De ellas, derramaron las mujeres de la crónica, los líquidos hirvientes sobre los invasores



ANTIGUAS



del pueblo; y los varones de temple repelieron a pistoletazos el asedio de las mazmorras...

Los recuerdos, la sensación de lo que el romanticismo nos contó en sus libros, y los viejos con sus bocas augustas. Nada más queda. Las épocas se han llevado su verdad. Las rejas van rodando en los escombros.

Pero aun refleja del ayer un punto temporal en cada ruina. Aquellas rejas rebotantes y mónicas de la colonia, las horizontadas e inmensas de la dictadura, han llegado a nosotros. Nos representan un palimpsesto de la vida hidalga, cruel y sensitiva. Capaz como fué de grandes hazañas para la historia y de grandes amores para las almas. Es un regalo de gloria espiritual que nos lega el pasado. No pidamos mayor. Ni pensemos siquiera que estos rectángulos vanados de los rascacielos «nuestros», han de llegar a mañana, limpios de eco de corazón, como una página en blanco.

FOTOGRAFÍAS DE GARAÑO Y P. V.

A. D. LÓPEZ.



Por el ventanillo del rancho salían juntas la canturía triste y la luz débil.

El nocturno paseante acercóse al ventanillo y sorprendió la escena: un gaucho añoso adormecía a un nene, a compás del «arrrró».

El viejo enternecía su ronca voz y los brazos duros que se redondeaban amorosamente y las callosas manos; todo él era una caricia.

Casi siempre que un hombre duerme a un niño es que algo anormal pesa sobre ellos. El nocturno paseante bien lo sabía. Por eso, una emoción intensa apoderóse de él; los recuerdos llegaron atropelladamente. Y aunque el anciano cantaba tan sólo:

«Arrró mi niño,
arrrró mi sol,
arrrró el encanto
de mi corazón»

el nocturno paseante oía muchas cosas tristes, amargas, inolvidables, y sin quitar sus ojos de la escena, glosó la canción con sus pensamientos.

Una noche al volver a su casa, se encontró desamparado y lleno de ira y cubierto de vergüenza. La esposa había huído con otro, tan enamorada, tan ciega, que le abandonaba el hijo. Todos los ideales mueren lentamente, nos acostumbramos, nos preparan, y cuando se extinguen, una conformidad suave nos consuela. El ideal que la esposa alienta con caricias, juramentos y nobles frutos de amor, muere fulminado, sobrecoge, aunque el marido sea celoso, pesimista o despreocupado... Y un odio asesino es la oración fúnebre de ese ideal muerto alevosamente.

En aquel largo instante, lloró sobre sí mismo, sintiendo la necesidad de matarse, e impulsado por el dolor salió para buscar a sus verdugos. Fue una ciega carrera entre la felicidad y el dolor ajenos, por las calles de la ciudad que se divertía.

El recuerdo de su hijo, de su hijo abandonado a quien él también abandonaba, le obligó a volver. El niño lloraba rabiosamente en brazos de la sirvienta. Y entonces, ayudado por la muchacha, buscó el modo de substituir el alimento que había huído con aquel seno de madre traidora. También el niño sufría la muerte inesperada de su primer ideal y tardó largo tiempo en dormirse engañado, cansado.

Durmió poco, mientras su padre junto a la cuna velaba un amor muerto. Tuvo que tomarle entre sus brazos y, como el viejo de ahora, cantarle:

«Arrró mi niño,
arrrró mi sol,
arrrró el encanto
de mi corazón.»

El ritmo dulce de la canturía le hizo llorar mansamente, compadecido de sí mismo. Y el «arrrró» fué desligándose de las palabras para volar más alto, más cerca del dolor.

Ya no era arrrró; mejor le convenía el fino nombre de «berceuse».

Porque el esposo estaba poseído de demencia



ARRRRO

POR EDUARDO DEL SAZ

artística. Todo era para él fuente de inspiración, hasta las propias desdichas. La vocación y la costumbre así lo habían querido. Su espíritu vigilante atisbaba sin cansancio el vaivén de las ideas creadoras, y en su ansia de producir belleza, de mendigar aplausos, era capaz de exponer, ¡ay!, como los pobres, las llagas, la ceguera, las deformidades suyas y de los suyos.

Así, ligando la amargura con el arte, comenzó a crear. Y, mientras sus labios musitaban el arrrró, su cerebro decía:

«Duerme, hijo mío, duerme
con un sueño tan profundo
como el sueño de la muerte.»

El pensamiento perdía la rima.

«Duerme tranquilo como un muertecito. La desgracia es una fiera que sólo huye de los cadáveres. Duerme para que te crea muerto.»

«¡Ha huído, ha huído de tu lado! ¡Ha huído de mis besos! Va en busca de otros labios y de otros besos. Duerme, hijo mío, duerme.»

«¡Ha huído de tu lado, ha huído de tus labios inocentes! ¡Por mí, la perdonaría! ¡Por ti la perdonaría! ¡Por ti la maldigo! Y malditos sean por siempre sus hijos, los frutos malditos de su maldita traición. Duerme, hijo mío, tranquilo y risueño como los muertecitos.»

«¿Todo tu hermoso llanto es para ella? ¿Todo mi turbio llanto es para ti? ¿En tus ojos azules hay una sola lágrima que yo pueda beber como mía? Duerme, hijo mío, duerme.»

«Tú eres el amor, hijo de mis amores. En tus carnecitas de gloria, en tus ojos lípidos, en el pimpollo de tu boquita está el amor. Y también en tu cuerpecito está el lujo, porque eres risueño collar de perlas, brillante de infinitos quilates. Duerme, hijo mío, duerme.»

«No llores, hijo mío, que los reyes no tienen hambre. Tienen orgullo. No llores, hijito mío, que las perlas son lágrimas grandes, orgullosas, calladas altivamente. Duerme, hijo mío, como un reyecito.»

«Tu primera desgracia es mi primera desgracia. Yo he soportado el hambre mía y el hambre ajena. Y he soportado su hambre de joyas, y para cubrir la divina desnudez de su cuerpo quise oro, oro, oro. Es una estatua de oro fría para la virtud y el amor, dúctil para el vicio. Duerme, hijo mío, duerme.»

«¿Por qué no vuelve? Tal vez luche ahora con su conciencia. ¿Dejará secar su pecho, o vendrá cuando yo duerma a regalarte el don precioso? Duerme, hijo mío, duerme.»

«Tu hijo, ¡oh infame lejano!, tiene hambre. Ven. Llévatelo. Mi odio te respetaría si supieras ser madre aún. Duerme, hijo mío; llama en sueños a tu madre. Duerme.»

«¿Estás muerto, hijito; estás dormido? ¿Ves ya, desde arriba, a tu mamita? ¿Eres ya un remordimiento para ella, un fantasmilla alado, un ángel pequeñito y justiciero que turba las turbias noches y los negros días de la fiera? No sonríes, no respiras, no oigo el leve rumor de tu corazoncito. Duerme, hijo mío, duerme.»

«Quietecito, inmóvil, mi hijo duerme, con un sueño tan tranquilo como el sueño de la muerte. La desgracia es una fiera que sólo a los cadáveres teme. Vivo o muerto, la desgracia huirá. Duerme, hijo mío, duerme.»

Y después de dormido el niño, mientras la primera aurora de la desgracia alumbraba el mundo del poeta, éste, ¡oh, vergüenza!, buscó ansiosamente los versos que fijarían sobre el papel la otra entrevista durante la vigilia de dolor.

Pero buscó en vano.

De este modo, el nocturno paseante, el hombre triste, sombra de un poeta y sombra de un hombre, vió dentro de aquel rancho la melancólica escena, volviendo a gustar el sabor amargo de su desdicha.

Ya no buscaba la inspiración en los pesares ajenos; únicamente sentía los pesares suyos, pues el dolor es una escuela de egoísmo.

Sin tratar de inquirir por qué el añoso gaucho adormecía al niño, huyó, acordándose de su hijo, aquel hijo que en la cuna del cementerio duerme el único sueño profundo.

HERALDICA ARGENTINA

APELLIDOS ILUSTRES



QUIROGA

casi aguilero, sutilísimo de condición, muy guerrero y amigo en extremo grado de justar. Estuvo casado en segundas nupcias con doña Inés de Suárez, natural de Plasencia. De su anterior matrimonio tuvo una hija, doña Catalina, que casó con Martín Ruiz de Cambrá, y a don Nicolás de Quiroga, que fué el continuador de su nombre. Falleció el año 1580 y a su muerte fué llamado patriarca de Santiago de Chile.

Su descendencia argentina está en los apellidos de Quiroga, Sarmiento, Albarracín, de Oro y Alvarado.

Usan por armas: En campo de gules, un águila negra explayada y perfilada de oro.

Aunque de distinto origen, también lleva el mismo apellido la familia Del Solar-Dorrego, como descendientes de doña Ignacia de Quiroga y D'Arrigrand, sucesor del mariscal de Campo de los Reales Ejércitos don Juan Bautista de Quiroga y Apaolaza, nacido en Santiago de Chile el año 1714. Su escudo es en campo de sinople cinco barras de plata.

MANSILLA. Originarios de la Villa de este nombre en tierra de Campos en Ontivia, de donde sus descendientes se trasladaron a Guadalajara. Los Mansilla de Buenos Aires entroncan en este origen con Jorge de Mansilla y doña Juana de Matheos, desposados en Alcalá de Guadaira, el 18 de agosto de 1608. Su descendiente directo, don Bernabé de Mansilla y Gálvez, de su enlace en Cádiz con doña Catalina González, tuvo a don Pedro Nolasco Matheos de Mansilla, desposado con doña Elvira Martín, en 1723, de quienes nació en Cádiz, el 15 de septiembre de 1724, don Blas de Mansilla, su primer hijo. Trasladados al Río de la Plata, tuvieron en Buenos Aires a don Miguel de Mansilla, bautizado en la Merced el 23 de julio de 1736; de ellos descienden las dos ramas en que se dividió este apellido, enlazado actualmente a los Quiroga, Alcorta, Lima, García, Moreno, Serantes, San Romar, Perkins, etc.

Escudo partido: 1.º de gules y una espada alta, de plata, y guarnecida de oro. 2.º del mismo color y una cabeza de moro cercenada; bordura de azul con cuatro sotueres de oro en las esquinas.

ZEMBORAIN. Quiere decir sembrador. En la certificación de armas expedida en Madrid a 22 de abril de 1762 por don Francisco Zazo, Cronista del Rey Carlos III, se dice que su casal solariego está en la Villa de Undúes de Lérida.

Don Martín de Viurrún de Zemborain y doña Gerónima de Urroz, natural de Ocar, tuvieron por hijo a don Martín de Zemborain, que contrajo enlace con doña Isabel de Rubalcava y Monreal, hija de don Matheo de Rubalcava y de doña Catharina de Monreal y Arellano.

Doña Isabel y don Martín de Zemborain se establecieron en la ciudad de Alfaro (provincia de Logroño), donde nacieron sus hijos don Félix Martín y el más tarde llamado Fray José de Zemborain, muerto en olor de santidad. Ambos hermanos pasaron a Buenos Aires, donde existe descendencia. Fray José ingresó en el convento de Santo Domingo de esta ciudad, el 27 de mayo de 1759. Su vida fué un continuo ejemplo de virtud y de santidad religiosa. Falleció el 22 de octubre de 1804.

De este apellido descienden las familias de Argerich, Nazar Anchorena, Peralta Ramos, Brown, Uribelarrea, Unzué, Delfino, Lahitte, Dosse, Peña, Videla Dorna, etc.

Su escudo es: En campo de plata tres fajas de gules.

DE ACHAVAL. Don Josef Alfonso de Guerra, rey de Armas de Feli-

pe V de Borbón, en documento original expedido a 26 de febrero de 1712, certifica que el apellido de Achaval tiene su casa infanzonada en la anteiglesia de Ispaster, a media legua de la Villa de Lequeitio, en Vizcaya.

En Buenos Aires hay dos ramas del mismo nombre, una de la que procedió el Obispo de Cuyo, Fray Wenceslao de Achaval y otra la de don Domingo Antonio de Achaval, nacido en la Villa de Hea, el 16 de enero de 1759, que contrajo enlace con doña Josefa Barron. Trasladados al Río de la Plata, se radicaron en Buenos Aires, donde nació su hijo don José María de Achaval y Barron, que casó en esta ciudad con doña Mercedes de Madariaga y Gutiérrez-Gálvez, de quien descienden los actuales representantes de este nombre, ligado a las familias de Cantilo, Riglos, Lastra, Bunge, etc.

Escudo partido: 1.º en campo de oro un roble sinople atravesado por un lobo negro. 2.º sobre el mismo metal un águila explayada de sable; bordura de gules con ocho sotueres de oro.

MALDONADO. DONDE SE RELATA EL DESAFÍO DE GUILLERMO DUQUE DE

NORMANDÍA, CON EL CABALLERO HERNÁN PÉREZ DE ALDANA, FUNDADOR DEL LINAJE DE MALDONADO.

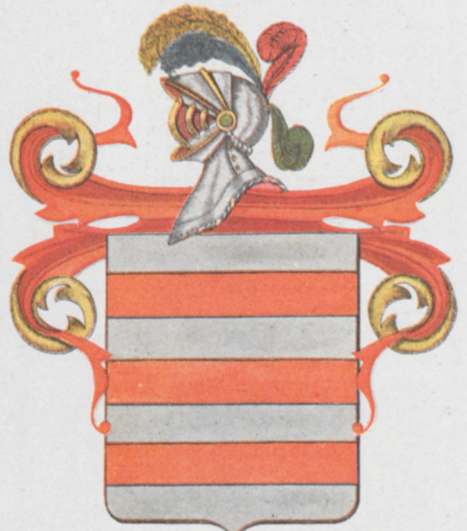
Entre los Caballeros de la corte de don Alonso III el Magno, figuraba Hernán Pérez de Aldana como Almirante de las galeras reales. En el ejercicio de su dignidad contrajo un grave padecimiento, y con el fervor de la época, se encomendó a la Virgen de Montserrat, yéndose a su monasterio, cerca de Barcelona, donde los monjes le habilitaron un aposento frente a la capilla Mayor. Por este tiempo hubo una gran romería con motivo de la festividad de la Virgen, acudiendo a ella magnates de todos los Estados de Europa, figurando entre los principales el Duque Guillermo de Normandía, sobrino del Rey Felipe de Francia.

Cierta día, mientras se celebraba el Oficio de Horas, no hallando lugar acomodado en la iglesia, el de Normandía pasó a la cámara de Hernán, buscando sitio tras las celosías para presenciar el acto religioso. Desconociendo la categoría del paciente, se puso en pie sobre la cama, y agraviado el enfermo, le dijo: «Ruégoos en cortesía, caballero, busquéis otro sitio en que mejor podáis estar». A lo que respondió el duque: «Si supieseis quien soy no os molestaría lo que tachaís de atrevimiento». Hernán Pérez de Aldana quedó por ofendido, prometiendo que si mejoraba de la enfermedad iría a tomar enmienda de la injuria recibida, en su persona y en su casa. Una vez sanado convocó a sus principales parientes, manifestándoles su desafío y queja. Entre todos acordaron dar cuenta al rey don Alonso, que se hallaba en Burgos, y enterado éste, envió un embajador al rey de Francia para que le asegurase que el ofendido era de tan gran linaje que podía cruzar sus armas con cualquier caballero francés por preeminente que fuese, y que bajo su amparo no permitiese que se le hiciera superchería. Puesto todo por obra, fué recibido Hernán y sus parientes con benigno agrado del rey don Felipe. Reunidos los grandes de Francia, se refirió el suceso; el duque levantó la ofensa, mas el otro propuso que se postrase en castigo de su ignorancia; el duque no consintió, y Hernán suplicó al rey terminase su querrela por desafío, señalando armas y día y asegurando el campo, pues era extranjero y estaba en su reino. Llegó el día señalado y ambos caballeros concurrieron en sus caballos a la brida, con arneses bordados de oro, lanzas de guerra, espadas y dagas buidas, usando por timbre Hernán Pérez de Aldana rótulo del AVE MARIA y en su escudo las armas de Aldana, que eran dos lobos de púrpura en campo dorado y los paramentos sembrados de encinas; y el duque, con el caparazón de terciopelo, leonado de gules y sembrado de lisas de Francia. Puestos así

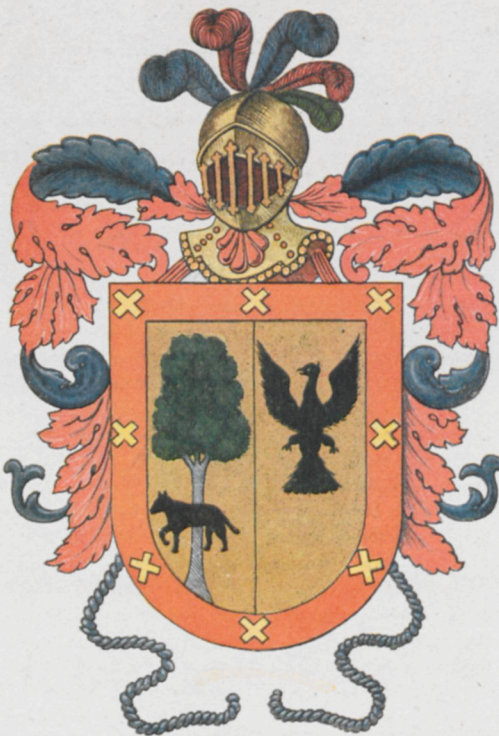
en la estacada, se arremetieron rompiendo lanzas, con lo que salió herido el de Normandía; entonces quiso su vencedor humillarlo, pero el rey interpuso su cetro diciéndole que si moría quedaba vengado y si escapaba, se obligaría como rey a darle satisfacción a su agrado. Mejorado el duque, pidió Hernán cumplimiento de lo prometido, solicitando se le otorgaran como escudo cinco flores de lis en memoria del desafío. Disgustado el rey de la pretensión, ofreció otros honores, contestándole que había sido el lance por honra y que la quería llevar, y de no cumplírsela la real palabra se volvería quejoso, por lo que el rey le dijo: «Te hago el honor, pero es mal dado o mal donado». Con esto dió principio a sus armas de cinco lisas de plata en campo de gules, por la sangre que hizo verter a su contrario, y por timbre, el cetro que el rey interpuso en la contienda.

En Buenos Aires descienden de este apellido las familias de Terrero, Soto, Ortiz de Rozas, etc.

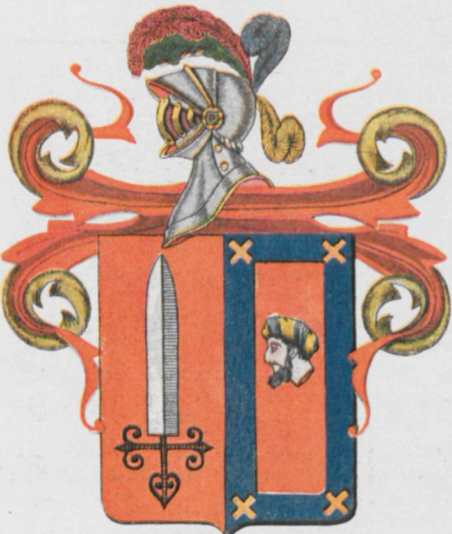
JOSÉ M.ª PÉREZ-VALIENTE.



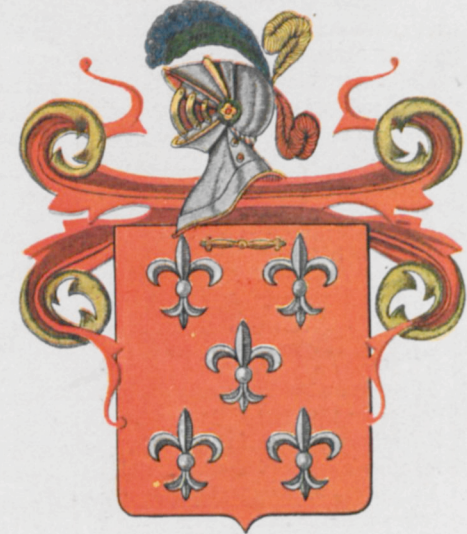
ZEMBORAIN



ACHAVAL



MANSILLA



MALDONADO



D AGINA FEMENINA



MARIA P. CARDONA



Entre muchas de las ventajas de que gozamos ciertos espíritus decididos a guardar el riguroso incógnito de nuestra verdadera personalidad, para el mundo que nos rodea, he de confesar a ustedes una, especialísima, que constituye tal vez el mejor encanto... escuchar, impasible (en apariencia) toda clase de juicios a nuestro respecto, ya sean ellos severos, elogiosos o malignos... y de todo hay, en tan interesante cosecha! Pues bien: no hace mucho tiempo se comentaba en mi presencia cierta crónica mía, cuyo tema parecía molestar a uno de los circunstantes; este caballero, simpatiquísimo y excelente amigo, que ocupaba justamente el asiento vecino al mío, en una comida íntima, protestaba enérgicamente contra la impertinencia de ciertos cronistas, que disimulan, según él, su verdadera personalidad, eludiendo responsabilidades, gracias a un pseudónimo femenino...

Mientras se discutía el caso, y yo azucaraba con el aire más inocente del mundo mi tacilla de café, cerró la discusión el juicio inapelable de la dueña de casa, inteligentísima dama de reconocido prestigio: — «Estoy segura — dijo — que es una mujer; ¿cuándo han visto ustedes, hombres presuntuosos, que les dedique algún elogio esa Duende que tanto les intriga? Para ella, no hay tema más interesante que la mujer, y hasta cuando se ve obligada a criticarnos, halla siempre circunstancias atenuantes... es una mujer, se lo aseguro...»

No puedo menos de recordar este trivial incidente, al instalarme ante mi mesa de trabajo, para elegir el tema del día, puesto que también hoy ha de ser el eterno femenino...

Me sonrío desde su cuadro, un gracioso, inteligentísimo rostro de mujer: bajo el suntuoso atavío de la charra se revela la chispeante vivacidad de la porteña y el donaire inimitable de la mujer por cuyas venas corre sangre española.

Es ella una de aquellas gentiles figuras robadas — digámoslo así — a nuestro am-

biente... Durante largos años, llenó de vida y de gracia juvenil, uno de los más vetustos, románticos palacios venecianos... Los azares de la guerra actual la arrancaron de aquella maravillosa, señorial residencia, en la que irradiaba su clara inteligencia, su exquisito temperamento artístico. María de Cardona, dama de honor de doña Berta de Rohán, la viuda de don Carlos de Borbón, e íntimamente ligada por la tradición de los antepasados de la familia de Cardona, a la causa carlista, ha seguido en el destierro a su noble amiga, que, expatriada, decidió fijar su nueva residencia en Montreux...

Porteña de nacimiento, y estrechamente vinculada a nuestra sociedad — puesto que pertenece por la rama materna, a la familia de Bravo — ha sabido conquistar admiración y simpatía para la mujer argentina, en los aristocráticos círculos en que actúa; porque no es sólo la inteligente mundana que cautiva con su trato a los asiduos tertulianos de la ilustre duquesa de Madrid, y que les inspira entusiastas elogios por su exquisito talento de *diseuse*... Dibuja con elegancia y soltura dignas de una profesional, y sus retratos a pluma, de admirable parecido, han llamado tanto la atención de los círculos artísticos, que la reputada casa Boiponaggre ha editado un álbum que encierra la colección completa de los retratos debidos al talento de nuestra compatriota.

Sobre fondo florielizado, se destaca el interesante busto de la viuda de don Carlos de Borbón; los finos, soñadores rasgos de la ilustre dama, evocan todo el encanto de las representantes de la casa de Rohan-Guéméné, de aquellas poéticas duquesas de Bretaña que añadieron a la corona de Francia, el florón de la tierra armoricana: desde Ana de Bretaña, a Armanda de Soubise, cuya belleza fué immortalizada por el pincel de Nattier; luego, la

princesa de Rohan Guéméné, amiga predilecta de María Antonieta, y después, la dulce, desventurada princesa Carlota de Rohan, esposa del duque de Enghien, quien al unirse a la casa de Borbón enlazó, como diría Rousard, el blanco armiño al puro, simbólico Lys de Francia...

Figuran, además, entre sus modelos, las más altas personalidades de la nobleza y de la finanza, entre las que reproducimos hoy, algunos de los invitados al famoso baile *travesti*, celebrado en esa Venecia de ensueño, cuando no se cernía sobre sus mágicos palacios la amenaza de las águilas imperiales... En esa inolvidable fiesta pudo admirar María de Cardona a las más linajudas damas de la aristocracia veneciana, luciendo los suntuosos atavíos de sus antepasados!

La princesa Dora Odescalchi, de cuyos hombros cae soberbio manto de terciopelo, bordado con la flor preferida de la noble dama: lirios inmaculados... su fino perfil se destaca sobre un fondo de brocado de oro, puesto que distingue a la Princesa Odescalchi su afición por los soberbios, rígidos tejidos de antaño; como base del busto gentil, las mismas armas del gran Pontífice del Renacimiento, Inocencio XI, cuya hermana, Lucrecia Odescalchi, casó con Baldassare Erba, patricio de Milán, Príncipe, más tarde, del Santo Imperio.

Doña Lucía de Silva y Cándamo, hija mayor del marqués de Arcicollar, representada en el traje de las vírgenes del siglo XIV, recordando a las compañeras de Santa Ursula, divinamente immortalizadas en las telas de Carpaccio; en los dulces ojos de Lucía de Silva, irradia el espíritu de aquellas mujeres de su raza a las que España debe figuras tales como Gloria de Silva, Duquesa de Huéscar, a quien llamaron, con justa razón, la académica.

Doña Alma Casana Murari

della Corle Brá, nacida en Verona, la poética cuna de la inmortal Julieta; el histórico nombre de su familia, está esculpido en mármol sobre todos los monumentos de la villa; esposa del conde Carlo Cosano, ayudante honorario de su Alteza Real el duque de Ginebra.

Henry Moser de Charlottenfels... es este el nombre del célebre viajero y orientalista, explorador del Asia Central, que fué hecho prisionero y luego gran amigo del soberano de «Bukara la misteriosa»... Atesora en su magnífica residencia, el castillo de Charlottenfels, maravillas dignas de las fabulosas leyendas orientales, y se asegura que más tarde llegarán a enriquecer el museo de Berna.

Con el histórico traje de Jean de Pury, creado caballero por Enrique IV, Rey de Francia y de Navarra, presenta María de Cardona el retrato de su descendiente, Edmond de Pury, que supo encarnar con toda nobleza la divisa de la vieja familia helvética «Ferme et droit».

No podía faltar, naturalmente, un representante de la democrática Unión, en colección tan interesante, y estudiando los acentuados rasgos del potentado William Kaup, dueño y señor de uno de los más hermosos dominios que circundan el Lago Mayor, lo presenta la gentil artista vistiendo el sobrio ropaje del pintor Van Dyck...

Y ahora, ¿qué más puedo decir de la graciosa charra que me sonrío maliciosamente desde su cuadro?

Habría que pedir al ilustre autor de «La Gloria de Don Ramiro», que permitiera admirar a mis curiosas lectoras, cierto artístico ejemplar de su obra, en que se viera ilustrada aquella vida de los tiempos de Felipe II, con dibujos que trazaran unas manos de porteña o de andaluza... y cuentan, que cerraban sus tapas de viejo, amarillento pergamino, el cordel que entretejeran esas manos delicadas, y del cual pendían las cuentas de un rosario, primorosamente talladas por manos de andaluza o de porteña...

LA DAMA DUENDE.



Figuras femeninas

Habiendo pedido esta dirección a la señora Luisa Israel de Portela, que, como colaboradora de *Páginas Femeninas*, nos enviara sus impresiones al sentirse consagrada como literata, a raíz de la publicación de su libro "Vidas tristes", nos envía la carta que reproducimos, y cuyos términos revelan la delicadeza y sencillez de la distinguida dama, llamada a ser figura destacada en el mundo de las letras.

"Buenos Aires, enero 1.º de 1918.
Señora doña Belén de Tezanos de Oliver.
Distinguida señora: Mi libro no merece, en mi sentir, las elogiosas palabras tuyas, ni las opiniones tan favorables que ha suscitado. Creo que han exagerado el mérito de mis pequeños cuentos y por eso no me animo a acceder a su pedido, sumamente honroso para mí. No es falsa modestia lo que me impide hablar sobre el libro y exteriorizar mis impresiones como usted tan gentilmente lo solicita de mí; pienso que, tal vez, la poca literatura que he hecho sea un accidente en mi vida y no me gustaría darme por más escritora de lo que soy.

Mis "Vidas tristes" sólo tienen la disculpa de ser reales y sentidas, y únicamente pretenden amortiguar el golpe de todas las que habrán de caer desde lo alto de la ilusión.

Y, si siento que mi obra no sea lo bastante importante para distraer la atención de los lectores de sus "páginas", lo siento, especialmente, por no poder complacerla, señora.

Sería feliz si usted me comprendiera y me disculpara. Y le pido crea en la expresión de mi mayor afecto.

LUISA ISRAEL DE PORTELA."

La señorita Sofía Nazar Anchorena ha presentado a la asociación "Blanca de Castilla" un proyecto: "Deberes de la Compradora", que tiende al mejoramiento de la condición en que se halla la mujer obrera en general. Abarca un ancho campo de acción, donde, un estudio profundo y disciplinado, pone de manifiesto la triste condición de la clase menos afortunada.

Es digna de toda ponderación la iniciativa de la señorita de Nazar Anchorena, dando a conocer, además, la forma de cómo esa sociedad puede remediar, por el esfuerzo colectivo, la miseria situación de la obrera.

Los Estatutos de la nueva Asociación a formarse, que acompañan al mencionado proyecto, revelan en su autora una clara inteligencia y un espíritu previsor, puesto que, llenar esa sentida necesidad de ayuda a la mujer obrera, es abrir nuevos rumbos al feminismo moderado y cristiano.

DEBERES DE LA COMPRADORA

"La mujer sabe dar a menudo, pero todavía no ha adquirido el respeto al trabajo."

Estas palabras, que una francesa pronuncia hablando de Francia, y que un español aplica a España, bien podemos, nosotros, aplicarlas a nuestra patria.

Aquí, las personas que no están obligadas a trabajar para ganarse la vida, comprenden, hasta cierto punto, la miseria ajena, y llevadas por su buen corazón, ayudan al pobre con sus limosnas: son, naturalmente, generosas; no sólo dan lo que les sobra, sino también son capaces, al oír una narración dolorosa, de hacer un sacrificio y privarse de algo para darlo al menesteroso.

Pero no siempre el que pide con triste acento es sólo el que sufre; hay muchos dolores que ignoramos, hay miserias, enferme-



LUISA ISRAEL DE PORTELA, AUTORA DEL LIBRO «VIDAS TRISTES»

dades y hambre de las que somos nosotros culpables, inconscientes es verdad, pero reales, pues depende de nuestra voluntad el ponerles término. Hay multitud de males de toda especie que responden a una sola causa: el salario insuficiente de la mujer que trabaja. Y estos males no pueden remediarse con la limosna.

No se ha buscado un remedio eficaz porque la «obrería» es relativamente nueva entre nosotros. Pero es tiempo ya de observar los hechos, nuestra industria naciente está haciendo sus víctimas.

Construimos hospitales, casas de aislamiento, etc., para las que se extenuaron y perdieron su salud por el exceso de trabajo, ¿y nos creemos caritativas?... ¡No! Nadie puede permanecer indiferente ante semejantes calamidades, y menos quien se gloria de cristiana. Evitemos el mal en su principio, sin esperar a que nuestras hermanas vengán a llorar a nuestra puerta; acerqué-

monos a ellas y, rompiendo ese hielo que separa al pobre del rico, hablémosles con cariño y oiremos sus preocupaciones, sus anhelos, sus dolores... ¿Acaso no son seres dotados como nosotros de cuerpo y alma? Su cuerpo no conoce el descanso, tiene que luchar y sufrir y no tiene tiempo para cuidarse; y su alma, ¿no desea, como la nuestra, tener sus momentos de regocijo, de tranquilidad, de paz?

El conocido escritor G. Martínez Sierra, en sus «Cartas a las mujeres de España», dice: «Las mujeres son el poder comprador del mundo. Ahora bien, todo poder tiene su responsabilidad. Puesto que somos nosotras quienes alimentamos el comercio, comprando no sólo lo que necesitamos personalmente, sino lo que se requiere en nuestro hogar, debemos exigir que se dé una parte del dinero al productor, en justa proporción con el esfuerzo realizado.

Aun no hemos hecho nada en ese sentido;

pero en Nueva York muchas señoras y niñas sintieron cierta inquietud respecto de sus deberes de compradoras, y comprendiendo su obligación hicieron una investigación sobre las condiciones en que viven las obreras; entonces palparon hechos muy dolorosos. Expusieron los resultados de esta información para interesar al espíritu público y luego, reunidas en asamblea, votaron la siguiente resolución:

«Se formará una Junta que prestará su ayuda a la «Working Women's Society» para la elaboración de una lista que comprenda los nombres de los almacenes que tratan a sus empleadas con justicia». Con esta resolución se formó la primera «Liga Social de Consumidores».

Las norteamericanas han dado un hermoso ejemplo de acción social. Nosotras podríamos imitarlo, como han hecho las francesas. En 1904, se fundó en Francia la primera «Liga Social de Compradoras», gracias a la actividad de Madame H. J. Brumhag.

Sería muy fácil para nosotras fundar una «Liga Social de Compradoras», tomando de las extranjeras lo que sea aplicable a nuestro país. De este modo, al hacer una compra en una tienda de las que figuran en la lista blanca, transformaríamos este acto indiferente en un acto benéfico, favoreciendo con nuestro dinero, no sólo al dueño, sino también, en justa proporción, a la que trabajó para nosotras.

Todo esto mientras esperamos la fundación de una «Liga Social de Compradoras» en Buenos Aires.

Es de desear que no tarde mucho. Cuando se funde, los miembros de la Liga podrán ponerse en comunicación con los Sindicatos Católicos Femeninos, y así los esfuerzos unidos de los compradores y de las empleadas y obreras resultarán más poderosos.

Alguien pensará tal vez que esto es socialismo disfrazado. La objeción no es nueva, y a ello contestó en más de una ocasión León XIII, bendiciendo, fomentando y encauzando los esfuerzos de los «católicos sociales» por elevar al pueblo. Con esto no hacía más que continuar la tradición que empieza con Cristo, el amigo de los humildes, dándole rumbos apropiados a los tiempos. En el socialismo hay aspiraciones cristianas inconscientes. Entre una doctrina que basa la fraternidad humana en la paternidad divina, que al hombre un fin sobrenatural, que considera los bienes de la tierra como medios de existencia personal y familiar, de progreso social, y una doctrina que niega la existencia de Dios y considera la posesión de los bienes terrestres y de la felicidad humana como el único fin del hombre, las diferencias son esenciales. Si luego en prácticas de detalle, en algunas reivindicaciones, estas doctrinas se encuentran, ¿qué importa?

A los que tal cosa nos reprochen, podremos contestar con el Cardenal Manning: «¿Para vosotros esto es socialismo? ¡Pues para mí es Cristianismo!»

SOFÍA NAZAR ANCHORENA.



Pensamientos

«Soy fuerte, estoy bien, me siento feliz; puedo y quiero; soy dueña de mí misma; modelo mi cuerpo y mi imaginación; me siento alegre y contenta; cada día que pasa mejoro en salud, fuerza y poder; vivo del futuro y olvido el pasado; miro por lo alto y no por lo bajo; tengo el sentimiento del poder y del amor, y mi deseo es manifestarlo al mundo!»

Si así pudiéramos pensar y sentir, dominando las ansiedades de un carácter voluble; arrancando de la imaginación ideas nocivas, verdaderos parásitos que pueblan una vida de inquietudes, llenándola de prevenciones, amargando la existencia propia y contaminando a los corazones llenos de fe que nos rodean; si llegáramos a educar nuestra voluntad en este sentido, conseguiríamos la serenidad del espíritu, pasaporte de la felicidad.

MAGDALENA ESTHER ALMADA.

FANNY C. DE WOODGOTE.



¿Quiere Vd. saberlo?

Curiosa.—Respondiendo a tu pregunta, he de decirte que me he visto obligada a revolver papelotes para hallar la explicación que me pides: *Novela* es la narración ordenada y completa de sucesos ficticios, pero verosímiles, dirigida a deleitar por medio de la belleza.

El origen histórico de la novela se pierde en la noche de los tiempos, y hay que deferirlo a las primitivas sociedades, cuyos individuos satisfacían su curiosidad y su ansia por lo desconocido con los cuentos y tradiciones que desde época inmemorial habían ido pasando de padres a hijos. Posteriormente, bien fuese porque tales cuentos se hacían más complicados y difíciles de retener en la memoria, bien porque su civilización menos primitiva y ruda comprendiese el partido que de ellos podía sacar, dándoles conveniente forma y perpetuándolos mediante la escritura, o por ambas causas juntamente, la novela pasa de la palabra al libro, se fija con carácter propio y constituye un nuevo género literario.

MARÍA LEBEM.

Era el 25 de diciembre. En la pequeña aldea reinaba un frío intenso, que los pálidos rayos de un sol anémico no conseguían atenuar. Desde temprano, en todas las chimeneas chisporroteaban grandes trozos de leña, alegrando y reconfortando los corazones.

Vivía en aquella aldea un pobre carpintero, Thomas, viudo con dos hijitos, y que sólo tenía el trabajo de sus brazos para mantenerlos. Su casa no tenía chimenea como las de sus vecinos, pero jamás se quejaba de su pobreza. Afortunadamente era robusto, así que resistía al hambre y a la fatiga; ¡pero sus pobres hijitos!

A veces pensaba que sus cuerpecitos tal vez no pudieran soportar el exceso de miseria y la falta de caricias maternas, y a ese solo pensamiento sus rudas y activas manos trabajaban sin tregua.

Ese día, estaba, como de costumbre, entregado a sus ocupaciones; para él no había fiestas, tenía que ganar el pan de cada día. La puerta, que había quedado entreabierta, le permitía ver desfilarse a los paisanos, que, engalanados con sus mejores atavíos, se dirigían a la misa parroquial. No quedó uno que no criticara su conducta, hasta que al fin, cansado de tantas observaciones que no hacían más que aumentar su pena, decidióse a cerrar la puerta.

Y mientras todo el mundo oraba ante el Divino Niño, el pobre padre repetía sin cesar: «¡Señor, señor! Vos que leéis en nuestros corazones, sabéis que yo no puedo santificar dignamente este gran día; debo trabajar para que mis hijitos no mueran. ¡Oh, buen Jesús, dadme pan para ellos!» Y enjugaba una lágrima que surcaba su mejilla.

De pronto, oyó que alguien se detenía sollozando ante su puerta. Abrióla vivamente, y vio ante él a una pobre viejecita que lloraba amargamente.

Luz

—¿Qué tenéis, madre Tranchet, —dijole, — y por qué lloráis con tanto desconsuelo?

—Ay de mí, Thomas —le respondió.— Soy muy desgraciada. Ayer recibí una carta de mi hija; me dice que está enferma y que quiere verme. En seguida me puse en camino, esperando llegar a tiempo para cuidarla y salvarla; pero aún me falta una legua, y mis pobres piernas se rehusan a llevarme más lejos.

Thomas reflexionó un instante, y le dijo: —No os aflijáis tanto; llegaréis a tiempo para atender a vuestra hija. Soy fuerte, y os llevaré sobre mis hombros. Trabajaré luego, durante la noche, para recuperar el tiempo perdido.

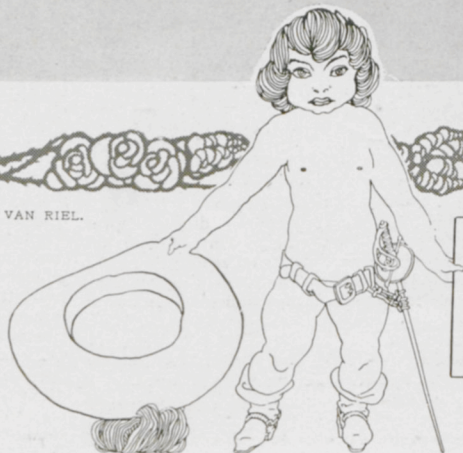
Y partieron, contentos ambos... De regreso a su aldea, creyó vislumbrar a lo lejos una luz rosada que parecía salir de su casa. Inquieto apretó el paso, llegó a su modesta vivienda, y cayó de rodillas, extasiado. Jesús estaba ante él, y le miraba sonriendo. Su rostro resplandecía, y aún conservaba en sus divinas manos los útiles del carpintero.

—He terminado tu trabajo, —dijole, — y tus hijos tendrán alimento. Estoy contento de ti; has santificado el aniversario de mi venida al mundo, haciendo la caridad y aliviando el dolor. ¡Os tomo bajo mi protección, y mi bendición y la paz os dejol...

Cuenta la leyenda que Thomas fué siempre bueno y caritativo, que sus hijos prosperaron, y que murió tranquilo, seguro de recibir en el Cielo la corona que le había preparado la bendición del Señor en aquella memorable mañana de Navidad.



FOTOGRAFÍA DE VAN RIEL.



ra Josefina de Gainza Paz



Mira
como me has
dejado

Por
VICENTE
MEDINA

Mira cómo me has dejado:
Yo quería...
¡ya no quiero!
Yo tenía...
¡ya no tengo!

Yo quería
lo que ya querer no puedo
porque ocupastes el puesto...
Yo tenía
reposo que ya no tengo...

Tú has entrado
y te has adueñado toda
de mi pecho...
¡y ahora te marchas y dejas
sólo ruinas adentro!
¿Yo qué te he hecho?
Te he querido...
Yo quería...
¡ya no quiero!
Yo tenía...
¡ya no tengo!

No es mi mal que no me quieras,
sino esto:
que no me quieres, ni a nadie
querer puedo...
¡Es lo malo
que me lo has quitado todo
y yo, de ti, nada tengo!...

Yo no te llamé... tú fuiste
la que me salió al encuentro.

Me podías
haber dejado tranquilo
si es que, luego,
me guardabas negativas
tras dulces ofrecimientos.

¡Ay voluble!
por ti, sin luz de ilusiones,
en las tinieblas me encuentro...
por ti, mi amor no halla nido,
como pájaro en invierno...
por ti, la fe y la esperanza
ya las pierdo...
por ti, se encuentra vacío
¡sin imagen!
el santuario de mi pecho...

Yo quería...
¡ya no quiero!
Yo tenía...
¡ya no tengo!

Tú no sabes el estrago
que en mi alma
y en mi corazón has hecho...
¡Me has dejado
que, entrar dentro
de mí mismo,
me da miedo!

DIBUJO DE
MEDINA VERA.



El cigarrillo para toda ocasión.



LA GENTE CHIC FUMA CIGARRILLOS

Reina Victoria





OBELISCOS MAYAS

La fértil tierra guatemalteca, ahora devastada por una terrible catástrofe, fué, hace muchos siglos, centro de espléndida civilización. La raza maya, en efecto, ha dejado huellas de su sabiduría y de su arte, que pueden resistir la comparación con las mayores muestras de las antiguas civilizaciones.

Desconocido es el origen de los mayas que habitaron, divididos en muchas tribus de distinto nombre, la parte meridional de Méjico, algunos territorios del Salvador, Honduras Inglesa, y Honduras.

Los obeliscos reproducidos en nuestros fotograbados constituyen dos valiosas reliquias de aquella civilización extinguida. Se conservan en Quiriguá y tienen gigantesco tamaño. Los relieves que presentan en sus caras son notables por su esmerada ejecución, representando personajes mitológicos y signos y letras del alfabeto maya.

Esta escritura es todavía un problema para los filólogos. Únicamente se han podido descifrar, a satisfacción, signos astronómicos y las cifras de la numeración maya, que es vigesimal. Computaban el tiempo por meses de 20 días, años de 18 meses y «kátuns» de 20 años, empleando cifras espe-

ciales para marcar esas divisiones. El año tenía 5 días complementarios, y cada 52 años volvía a comenzar un nuevo ciclo, en el que los días y las demás divisiones recibían el mismo nombre.

Por lo que respecta a la escritura, poco se adelantó, apesar de los infatigables trabajos de distinguidos filólogos. Landa, presentó un alfabeto maya, dando la interpretación de los jeroglíficos, pero los hombres de ciencia opinaron que estaba hecho a base de signos yucatecos posteriores a la conquista.

Parece comprobado que los jeroglíficos mayas tenían un doble valor fonético y alfabético, como los que adornan los obeliscos y monumentos egipcios. Son todos del mismo color y fueron grabados sobre la sílice en espacios de una dimensión igual y de forma cuadrangular. Rosny, llegó a descifrar algunos signos, pero no se atreve a interpretar una sola frase.

Los mayas, presentan grandes afinidades con los aztecas de Méjico. El sistema de construcción tiene semejanzas asimismo con el egipcio. Las pirámides, los templos de figura piramidal y los obeliscos, atestiguan un origen y un procedimiento comunes que se fueron distanciando lentamente.



Cambiándole la cara a una mujer

(DEL "HOUSEHOLD FRIEND")

Cualquier mujer que no esté satisfecha con su tez, puede cambiársela y tener una nueva. El pequeño velo mortecino de cutícula vieja, es un estorbo, y debe quitarse para hacer aparecer la piel vigorosa y nueva que hay debajo, dejándola respirar.

Hay un remedio casero viejo, muy sencillo,

que puede hacer este trabajo. Cómprese cera pura mercolizada en una botica, y aplíquese por las noches como cold cream, lavándola por la mañana. La «mercolida» absorbe toda la piel muerta, y deja un cutis saludable y hermoso, y tan fresco como el de un niño.

Naturalmente, desaparecen todas las imper-

fecciones de la epidermis, tales como: pecas, manchas, palidez, barrillos, tostaduras del sol, etc.

Es de uso muy agradable, efectivo y económico. La cara, tratada por este procedimiento, parece, inmediatamente, muchos años más joven.



PIANOS
DE FAMA MUNDIAL

"WEBER"
"BROADWOOD"
"SAMES"

UNICOS IMPORTADORES:
C. J. CHRISTIE e HIJO
830, CANGALLO, 832 - BUENOS AIRES

Aquí tiene usted una fortuna!



Establecido
hace 30 años

HUEVOS para empollar.

POLLOS de 1 a 5 meses.

CONEJOS importados.

COLMENAS y ABEJAS.

AVES de raza pura, 100 clases distintas

INCUBADORAS modernas.

GATOS de Angora y Persia.

APARATOS Y UTILES PARA LA INDUSTRIA
LECHERA y FRUTICULTURA

PIDAN CATÁLOGO ILUSTRADO, REMITIENDO 50 CENTAVOS
EN SELLOS

BELGRANO, 499, esq. Bolívar



PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN
EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares)	\$ 3.— m/n.
Semestre (6 ")	" 6.— "
Año (12 ")	" 11.— "
Número suelto	" 1.— "

EXTERIOR

Año	\$ oro 5.—
Número suelto	" 0.50

Pueden solicitarse subscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.

¡Oh!... ¡Cómo Preferiría Quedarme en Casa y Descansar . . . !

CUANDO el sistema nervioso se manifiesta cansado, ya sea por los negocios o actividades de la vida moderna, los placeres, las soirées, las veladas musicales, vienen sólo a acrecentar nuestro desaliento y nos dan tedio. Ni aun el descanso llega a satisfacer a causa de los insomnios, falta de apetito y desordenada digestión.

Para contrarrestar esta crisis, no hay nada como el Sanatogen, Tónico Nutritivo que reconstituye el sistema nervioso y devuelve la vitalidad y fuerza al organismo. Los maravillosos efectos del Sanatogen han sido ensalzados no sólo por más de 22,000 facultativos, pero también por innumerables personalidades distinguidas en el mundo científico, clerical, político, artístico y social. Sir Gilbert Parker, miembro que fué del Parlamento Británico, eminente novelista y estadista, escribe: "Considero el Sanatogen como un tónico de primer orden que nutre el sistema nervioso, aumenta la energía y da mayor fuerza y vigor a la abrumada mente y cansado organismo."

Sométalo a la Prueba

*En las Farmacias
de primera clase*

Rechácense imitaciones con nombres semejantes. Recordar bien el nombre, SA-NA-TO-GEN, preparado por The Bauer Chemical Co., Inc., 30 Irving Place, New York, E. U. A.

*Folleto explicativo gratis a todo el que lo pida
al Representante Único en la Argentina:*

HARRY F. FLACHS

Galería Güemes 458

Buenos Aires



SANATOGEN

RECOMENDADO POR 22,000 FACULTATIVOS



¡La joya favorita ha desaparecido!

La pérdida puede ser un recuerdo de familia, puede representar miles de pesos; pero, de cualquier manera, la molestia y el disgusto que ésta ocasiona, es hoy un mal que puede evitarse.

Las Cajas de Seguridad

46, Reconquista, 46

es el depósito seguro, donde las damas de nuestra sociedad guardan sus objetos de valor, joyas, vajilla de plata, etc. Ahí no pueden ser robadas y no sólo están bajo su control personal, sino también tan reservados como en su propia casa.

Nadie más que Vd. o su representante autorizado, puede obtener entrada a su caja. Las precauciones tomadas para identificar a cada locatario son tales que ninguna otra persona poseedora de su llave podría penetrar al depósito.

A prueba de Fuego, Bombas, Robos. Absolutamente seguros en caso de insurrección. No existe otra caja tan segura. El alquiler es módico y las ventajas que ofrece son innumerables.

Nuestro folleto que contiene muchos más detalles sobre estas Cajas, será enviado a todos los que lo pidan. **Cajas de Seguridad, Reconquista, 46. - Bs. As.**

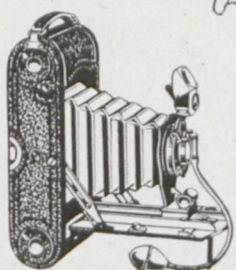
Lutz, Ferrando y Cía

Primer Instituto Optico Oculístico "Lutz y Schulz".

Kodaks
y otros
Aparatos fotográficos

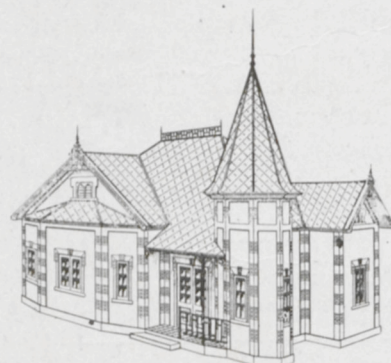
Accesorios
para fotografía.

Florida, 240.
Buenos Aires



MAR DEL PLATA
Rambla Bristol, 117

LA CONSTRUCCIÓN IDEAL PARA LA CAMPAÑA MAMPOSTERIA EN CEMENTO ARMADO SISTEMA "CHACON"



Este precioso chalet por \$ 6.800 m/n. como réclame, listo para ser habitado; con buen piso, cielos-rasos, puertas, ventanas, techos, pintura, etc. Comodidades: 3 dormitorios, salita, comedor, galerías, corredor, baño y cocina.

Aprobada y reconocida, como la mejor construcción económica del mundo. En dos años han sido construidos más de 200 establecimientos rurales y edificios varios, en la República.

Son contra ciclones y cambios atmosféricos, repele la humedad y la acción de los movimientos sísmicos; es una construcción por excelencia liviana, muy rápida y de gran estética, higiene y confort.

La casa construye toda clase de edificios, chalets, cremerías, galpones, caballerizas, garages, capillas, depósitos, y en general, todo lo perteneciente al ramo, con nuestro Sistema "CHACON".

Tenemos informes aprobados, por altas personalidades argentinas, que ponemos a disposición de nuestros señores clientes.

REMITIMOS PLIEGOS DE CONDICIONES, CATALOGO E INFORMES GRATIS A QUIEN LOS SOLICITE.

R. CHACON HNOS.
ALSINA, 1537, Bs. As. - U. T. 5448, LIB.



Muebles

norteamericanos
para escritorios

Gran surtido en:
ESCRITORIOS de todos tamaños y precios. Bibliotecas, Archivos, Sillas, Sillones giratorios, Perchas para Vestibulo, Mesas para máquina de escribir, etc., etc.

PIDAN NUESTRO CATALOGO ILUSTRADO

"La Continental" - Curt Berger y Cía.
BUENOS AIRES, Reconquista, 379 (frente al correo)



IPERBIOTINA MALESCI

La preparación de fama mundial que ahuyenta la melancolía; que hace mujeres sanas, vigorosas y hermosas; que da salud a la sangre y fuerzas a los nervios.

Preparación patentada del Establecimiento Químico
Dr. Malesci - Firenze (Italia).

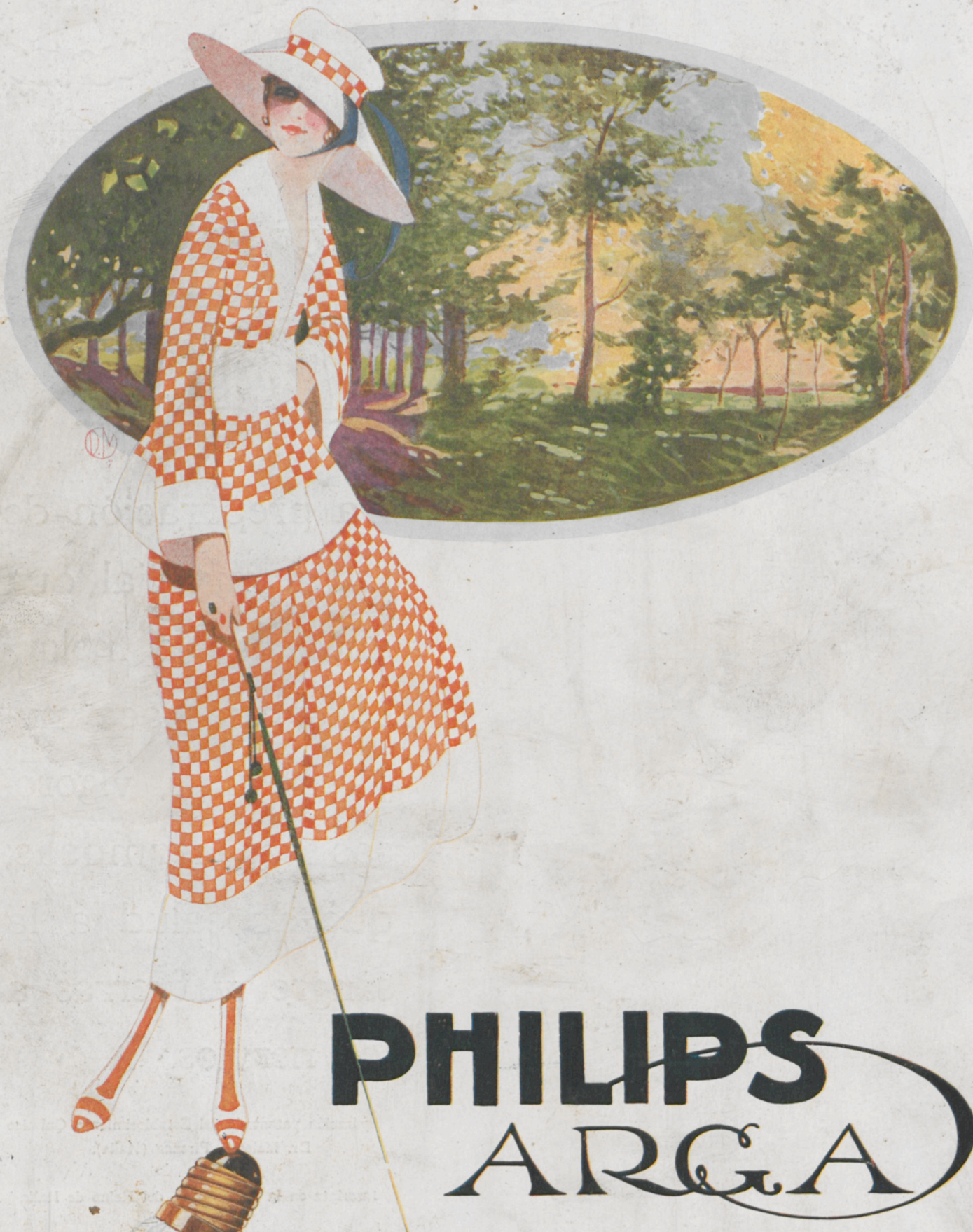
Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia

VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS

Unico Concesionario-Importador en la República Argentina:

M. C. de MONACO

VIAMONTE, 871. - Buenos Aires.



PHILIPS ARGA

SON LAS NUEVAS LAMPARITAS DE CONSUMO REDUCIDO QUE DESPIDEN
UNA LUZ BLANQUÍSIMA, SUPERIOR A LA DE SUS SIMILARES.

SE VENDEN EN TODAS PARTES

FABRICANTES:
PHILIPS LIMITED, EINDHOVEN
HOLANDA

UNICOS AGENTES:
BOSCO, VILA y MARZONI
BUENOS AIRES



Ibero-Amerikanisches Institut
Berlin
Preußischer Kulturbesitz

ZH 2000/146



Ibero-Amerikanisches
Institut
Preußischer Kulturbesitz

2.0	5.6	5.0
2.2	6.3	4.5
2.5	7.1	4.0
2.8	8.0	3.6
3.2	9.0	3.2